

Érase una vez tu historia

Relatos finalistas
y ganadores
2019-2020



12^a
EDICIÓN CONCURSO de
RELATOS
= 2020



Fundación "la Caixa"

Érase una vez tu historia

Relatos finalistas
y ganadores
2019-2020



Fundación "la Caixa"

EDICIÓN:
Fundación "la Caixa"

Diseño gráfico:
Cèl·lula, Acció Creativa

Ilustraciones:
Cèl·lula, Acció Creativa
Smäll

CORRECCIÓN LINGÜÍSTICA:
SdC Solució de Continuitat

IMPRESIÓN:
Vanguard Gràfic

© de la edición, Fundación "la Caixa", 2020
Pl. Weyler, 3 – 07001 Palma
D. L.: B 22201-2020

Índice

Presentación, por la Fundación "la Caixa"	7
Presentación, por Radio Nacional de España.....	9

2019

Primeros premios

La soledad siempre tiene huecos libres	15
¿Me oyes?	19

Relatos finalistas

Dos abuelos	23
El batido de lentejas.....	31
El runrún.....	33
La champanería	37
La Loma del Peral.....	45

La ventana.....	49
Lucía.....	53
París.....	57
Psicofonías.....	63

Microrrelatos finalistas

El castigo de arena.....	71
Equivocación.....	72
Lo dejó para mañana.....	73
Olfato.....	74

2020

Primeros premios

Cetáceos	77
Hoy he visto un ángel	85

Relatos finalistas

Aprendiendo a afeitarse.....	89
El lobo de mar	93
En su lugar.....	99
La mosca en leche.....	105
La redoma de tartesio.....	111
Murciélago de agosto.....	121
Silencio omnipotente.....	125
Sor Antonia.....	133
Una rosa para abuela Ana.....	137

Microrrelatos finalistas

Ernestina.....	143
Huida	144
Invisibles.....	145
Los niños lo oyen todo.....	146

PRESENTACIÓN, por la Fundación "la Caixa"

El programa de personas mayores de la Fundación "la Caixa" tiene como misión acompañar a las personas mayores maximizando sus posibilidades de desarrollo personal y generando oportunidades para una vida plena, comprometidos con su comunidad.

El concurso de relatos es un ejemplo de las muchas actividades que el programa de mayores realiza para fomentar su participación y, junto con las tertulias de Grandes Lectores, ayuda a crear entornos de debate, de reflexión alrededor de la lectura y la capacidad crítica y creativa de las propias personas mayores.

Érase una vez tu historia reúne algo más que los relatos finalistas y ganadores de 2019 y 2020. Recoge los testimonios, las vivencias, los recuerdos y, sobre todo, una gran cantidad de ilusión en cada uno de ellos.

El concurso empezó en 2009 con la participación de 374 relatos. En 2020 se ha celebrado su duodécima edición, alcanzando, pese a los efectos y consecuencias de la pandemia generada por la COVID-9, la cifra récord de casi 3.000 relatos, procedentes de toda España. Se trata de una participación que dice mucho de la creatividad de las personas mayores, que se animan, pese a toda circunstancia y demostrando sus fortalezas, a imaginar y contar historias y experiencias vividas acumuladas a lo largo de los años.

XII Concurso de Relatos. Érase una vez tu historia

Son textos que reflejan experiencias propias o cercanas sobre el amor y la ternura, el olvido, la soledad o la enfermedad, los recuerdos y añoranzas, la pérdida de la memoria, pero también inquietudes sociales y, en ocasiones, buen humor y positivismo. Además, observan nuestra historia y nuestro tiempo, expresiones también de las múltiples maneras de envejecer, y de atender, apoyar y cuidar a los que más lo necesitan.

La publicación de este libro supone un reconocimiento al trabajo de todos los participantes, finalistas y ganadores del concurso. También supone un agradecimiento a aquellos que nos acompañan en la trayectoria del concurso, expresando su ilusión por cada nueva edición del concurso, animándonos, de este modo, a mejorar en cada una de ellas.

La Fundación "la Caixa" agradece la colaboración de Radio Nacional de España y de *La Vanguardia*, que permite difundir el concurso por toda la geografía española, así como destacar muy especialmente el papel de las personas mayores: autores y lectores, los verdaderos protagonistas del concurso.



Fundación "la Caixa"

PRESENTACIÓN, por Radio Nacional de España

Historias que reflejan la historia

Escribir, aunque sea ficción, tiene siempre algo de autobiográfico. Ideas, pensamientos, vivencias, personajes, lugares... Un poquito o mucho de lo que son los autores se asoma en sus obras.

En las doce ediciones de este concurso que, con gran ilusión, organizamos mano a mano Radio Nacional de España y la Fundación "la Caixa", hemos conocido a miles de personas a través de sus relatos. En los dos últimos años, también mediante sus microrrelatos. Aficionadas y aficionados a las letras que plasman sus sueños y experiencias en un puñado de folios, en unas pocas palabras que desvelan historias grandiosas.

Si el concurso nos ha acompañado durante estos doce años, más aún lo ha hecho en un periodo tan complejo como el que hemos vivido en los últimos meses, un tiempo marcado por una pandemia que ha golpeado con especial virulencia precisamente a esas personas mayores a las que queremos llegar con el concurso y este libro de relatos. Son hombres y mujeres que no se han dejado vencer por el miedo y la desesperación y que decidieron aprovechar los meses de confinamiento para escribir, escribir historias que ayudan a

construir esa Historia con mayúsculas que aparecerá en los libros de texto de niños y jóvenes en pocos años. A través de tantas y tantas obras que reflejan anécdotas, sensaciones y también esperanzas en el futuro, podremos mirar atrás en unos años y recordar parte de ese sentimiento colectivo que nos unió durante unos meses durísimos.

La escritura y la radio, a través del programa *Juntos paso a paso*, de Radio Nacional, conforman un tándem perfecto a la hora de acompañar a miles de personas mayores. Una combinación perfecta posible gracias a la colaboración entre dos entidades, Radio Nacional de España y la Fundación "la Caixa", una pública y una privada, que han puesto en el centro el bienestar del colectivo de mayores apostando por un envejecimiento activo y por garantizar siempre su aportación a la sociedad. Una entrega llena de riqueza y sabiduría, fruto de la experiencia de tantos años.

La muerte, la soledad, la enfermedad, el miedo..., pero también la solidaridad, la esperanza, el amor y las ganas de cambiar el mundo y hacer de él un lugar mejor son algunos de los asuntos que aparecen en los relatos y microrrelatos que encontrarán en este libro. Algunos, verdaderamente fantásticos; otros, una imagen casi fotográfica de acontecimientos vividos por los autores.

Son historias escritas a lápiz, a boli o incluso con pluma y tintero. También, cada vez más, tecleadas por manos hábiles en ordenadores y otros dispositivos informáticos. Son textos que nacen de la mente de personas que provienen de lugares

distribuidos por toda la geografía española: gente que busca la inspiración en la calma de un paseo por el campo, mirando al mar desde sus ventanas, durante un viaje en metro o en autobús, en una gran ciudad o en una aldea de esas que en invierno cuentan sus habitantes con los dedos de las manos.

Entre los finalistas, los hay que llevan casi toda su vida unidos al lápiz y al papel, pero también son numerosos aquellos que han descubierto ya de mayores el placer de escribir. Ambos grupos, por igual, cultivan este arte con gran placer, entrega y un anhelo constante de permanecer en el tiempo, de contar historias que queden para el futuro, historias que hagan Historia.

rne

*P*RIMEROS
PREMIOS
2019

Primer premio relato 2019

LA SOLEDAD SIEMPRE TIENE HUECOS LIBRES

Ramón Flanes Domínguez



Sucedió como suceden las cosas que carecen de importancia: un día nacer, al otro día vivir y morir al cabo de un rato más con un poco de memoria, pensamientos en desuso, algunos deseos sin acabar y acaso sin saber presumir de haber vivido, exactamente como suceden las cosas que carecen de importancia.

Tuvimos la osadía de cumplir años, a destajo, apasionadamente, como si con ello pudiéramos alcanzar los horizontes o los sueños, pendientes de la luminosidad del sendero y de la exuberancia del amor; nadie nos avisó del peligro de llegar tan alto y todos nos imitaron en este impulsivo desliz donde nos parieron sorpresas amables, derrotas, culpas, entremeses y variantes que no habían sido llamadas ni vienen al caso.

En una reunión de taberna, una mañana limpia de abril se nos ocurrió entretenernos en parar el tiempo. Acordamos inutilizar todos los relojes que tuviéramos, como primera tarea para vencerlo; algunos aludieron que parando los relojes no se paraba

el tiempo, que los relojes solo son medidores de tiempo. Queríamos demostrarnos la capacidad de rebeldía que nos quedaba. Ir a contracorriente —como nunca—, deshacer los métodos, aniquilar los sistemas y ofrecer un panorama más romántico, hecho de forma artesanal, a nuestro modo, con toda la versatilidad de nosotros mismos como seres inconformes.

Era una ficción alegórica, el tiempo debía dejar de tener referencia en nuestro sentido de vida, éramos nosotros quienes debíamos convencernos de la necesidad de una independencia de la temporalidad, no podía dominarnos el tiempo, ya habíamos cursado éxito en mil envites, solo nos quedaba el último peldaño. Todos lo hicimos, todos rompimos los relojes que nos marcaban las pautas, rompimos el reloj de la torre, el de la estación, el reloj del casino, los relojes digitales de los ordenadores fueron rotos de manera precisa por uno de nuestros nietos, el reloj del microondas, el de la mesilla de noche, rompimos todos los relojes que encontramos.

Al día siguiente no era día siguiente, no había transcurrido tiempo alguno pero volvimos a vernos en el mismo lugar desprovistos de horario, llevábamos la misma ropa, el mismo bastón, idéntica gorra y una condición inequívoca de auténtica complicidad reflejada en la sonrisa burlona de siete octogenarios que, con la pretensión de hacer desaparecer el tiempo, cumplían el deber de la travesura, como medio para llegar a ningún sitio, con la única excusa de la diversión.

El tiempo se nos paró, dejamos de envejecer, perdimos nociones de la edad y seguimos jugando la partida sin tener



conciencia exacta de las consecuencias; nunca más volvimos a mirar el reloj y jamás nos acordamos de la memoria, habíamos conseguido una libertad diseñada, libre de cánones, imposiciones, mítines y medicamentos. Aquello que un día llamamos tiempo se alió con nosotros y ahora forma parte de nuestra utilidad. Alguien antes nos estaba engañando.

Ya no existe el tiempo en nuestras vidas, suponemos que han pasado mil años y continuamos mirándonos con la parsimonia de la calma, somos la antítesis de la edad, jugamos a divertirnos, usamos el mismo bastón y cenamos todas las noches. Los otros —la familia— se marcharon —creemos— y nos dejaron con esta armonía de falta de tiempo en una etérea nebulosa del sueño.

Somos los mismos, siete ancianos casi sin nombre, nos reímos y gozamos, pero nunca tenemos prisa para disfrutar, cantar o enfurecernos, se nos acabaron las citas, perdimos los trenes, nos olvidamos de dormir; nos dejaron solos, sin abrazos, sin halagos, sin vejez. No fue buena idea, tendremos que inventar algo para dejar de ser esclavos del destiempo.



Primer premio microrrelato 2019

¿ME OYES?

Gloria Martín Baredo



Ambos se habían hecho una promesa: a instancias de ella, él prometió no volver a jugar apostando las cosas de la familia. Ella juró que si alguien se llevaba su cama porque la había perdido en el juego, se iría con ella.

Solo uno de los dos cumplió lo prometido.

Se llevaron la cama con mi abuela recostada en las almohadas de raso. Nunca volvimos a verla.

*R*ELATOS
FINALISTAS
2019

DOS ABUELOS

Inmaculada García Pérez



Me detuve en los calmos ojos de Salvador, algo entreabiertos, lo justo para poder atisbar la menor señal de movimiento a su alrededor y actuar en consecuencia si lo necesitaba. Mientras los miraba, me daba cuenta de que tanto ellos como su dueño estaban en perfecta quietud, eran la inmovilidad más absoluta: ni un temblor, ni un parpadeo... Me atrevería a decir que su poseedor no respiraba para no transferirles ni el más mínimo movimiento. Me habría parecido un antiguo atrezzo de algún teatro, de no ser porque bien sabía que era un ser perfectamente vivo a quien yo mismo había conducido hasta allí unas horas antes.

Intentaba encontrar qué había tras aquellos ojos almenrados y con unos jirones verdosos muy en su fondo —seguramente fosilizados desde alguna generación más o menos lejana. Esos globos ambarinos fascinaban con sus destellos en el momento en que la luz ambiente los abordaba desde el

ángulo preciso. Cuando esto sucedía, puedo asegurar que a nadie le pasaban desapercibidas esas dos luciérnagas que, en plena noche, gobernaban la oscuridad con tanta fuerza que dominaban decididamente el entorno con un poder arrebatador. Sin embargo, cuando se cerraban, vencidos por el peso de sus párpados, ya caída la tarde, algo antes del anochecer, nadie que no conociese aquella propiedad inquietante habría sido capaz de imaginarla. Tal era la impresión que producía su imagen adormecida: la de un ser que bien podría haber permanecido en ese estado letárgico durante toda su existencia, fuese esta corta, larga o larguísima. Cabría incluso imaginar que podrían ser cientos los años que habría guardado esa postura, sin el más mínimo pestañeo, ni siquiera al que pudiese haberle obligado un ocasional estornudo o escalofrío.

Aquellas señales no se reducían únicamente al espacio ocupado por la mecedora de mimbre donde Salvador descansaba con mi abuelo Ángel recostado sobre su cojín color verde hoja seca, sino a toda la estancia. Yo observaba cómo, de cuando en cuando, la balanceaba suavemente arriba y abajo, con una precisión difícilmente calculable, de no ser por la reiterada práctica de su uso. Me desplacé unos pocos metros, hasta una de las ventanas que tenía abierta la hoja derecha y dejaba entrever un horizonte rojizo, por lo a punto que estaba el sol de desaparecer por el oeste. Me encontraba ligeramente apoyado sobre el cristal, mientras un ligero airecillo recorría mi cara, y comprobé cómo, también a esa distancia, se percibía aquella sensación de serena quietud, cómo se esparcía por

todo el espacio y, misteriosamente, lo inundaba y dulcificaba. Toda la atmósfera se beneficiaba, así, de aquel relax y calma increíblemente ciertos.

Me encontraba allí porque, desde hacía unos meses, pasaba casi todas mis tardes libres acompañando a mi abuelo Ángel; desde que decidiera que era el momento de hacer un cambio importante y definitivo en su vida. Siempre había sido una persona independiente y autónoma, y su existencia transcurría felizmente, para él y nosotros —más allá de los pequeños avatares e inconvenientes, de los que, por otro lado, ninguno nos libramos, por nuestra ineludible condición humana. A finales del año anterior, en una reunión familiar, el abuelo nos había comunicado que era su deseo dejar de vivir en su casa, siendo, como ya era, la única persona que la habitaba. Lo ideal, había él conjeturado, sería trasladarse a una residencia y convivir con personas de su edad. Como era su firme voluntad, todos aceptamos que nuestra relación cambiaría, inevitablemente, en su forma; pero nos tranquilizaba la cercanía de la residencia, que iba a permitir que en nada se modificasen ni la frecuencia ni la calidad de nuestros encuentros, sabiendo que permaneceríamos a su lado, como de costumbre.

A partir de entonces, nuestras reuniones juntos transcurrieron felizmente durante algún tiempo, desde que se produjo su anunciado traslado. Todo discurría con la más aceptable normalidad, con una rutina beneficiosa para toda la familia.

Pero, en algún momento, algo cambió. A pesar de mis desvelos, nunca he conseguido definir el instante preciso en

el que mi abuelo empezó a dar señales de que algo no era igual en su forma de ser ni de estar: una ausencia en sus ojos, la falta de sonrisa en su rostro y una rara tristeza en su alma. Los diagnósticos médicos no apreciaban ninguna dolencia física ni enfermedad sobrevenida responsables de ese cambio que advertíamos en nuestras visitas cotidianas. Fue un proceso paulatino que ni él mismo pudo explicarse ni explicarnos, hasta que, con el tiempo, tuvimos que asumir aquella nueva y dolorosa situación.

Poco a poco noté que ese contacto con él, tan querido y anhelado por mí, me generaba un raro desasosiego, que aumentó al presentir que nada volvería a ser como antes. Me di cuenta, además, de cómo lentamente esa inquietud mía se iba volviendo crónica, hasta no poder desprenderme de ella. Me despertaba, a veces, en plena noche, preso de un extraño malestar que no me dejaba volver a conciliar el sueño. Durante aquellos intervalos en vela, iba urdiendo la esperanza de que sucediese algún cambio positivo, por leve que fuera, ya que no me sentía capaz de resignarme a que los días discurriesen de esa triste manera indefinidamente.

Mi corazón, que siempre fue testarudo e inconformista, se negaba a aceptar que aquella realidad fuese definitivamente irreversible. Tanto me empeñé que, algún tiempo después, comprobé que aquella obstinada rebelión mía parecía haber dado su fruto y, gracias a ella, podíamos, al fin y de forma inesperada, ser testigos de un acontecimiento que, impensadamente, nos hizo a todos creer en los milagros —o, al menos,

en aquel que hizo protagonistas al abuelo Ángel y al abuelo Salvador.

Salvador llevaba viviendo, por mor de una bendita adopción, en un hogar feliz y acogedor desde hacía varios años. «Su edad era bastante avanzada para su especie», aseguraba una amiga, mientras me relataba la rara personalidad felina de aquel viejo parduzco. Solo se encontraba a su gusto con los niños y con las personas muy mayores, evitando toda relación con el resto de los humanos y congéneres. Pero al contrario, los demás gatos quedaban embaucados ante el orden que imponía su estampa. De hecho, le habían puesto Salvador porque tenía la insólita cualidad de que, en su presencia, se creara una complicidad especial entre los felinos que a todos los amansaba: acababan durmiendo, en una rosca peluda, de la forma más cordial y gratificante. Guiado por la vívida pasión del relato de mi amiga, memoricé cada detalle de esa historia y mi mente inquieta, que, por otro lado, necesitaba con urgencia una brizna de esperanza, se aferró a ella con la intención de no dejar escapar, sin intentarlo al menos, aquella inesperada oportunidad que el destino me ofrecía.

Convinimos una cita y los reunimos a ambos, sin ningún tipo de presentación ni acercamiento previo. Salvador recorrió brevemente la estancia, olisqueó un poco la mecedora y saltó de un brinco, corto y rápido, al regazo de mi abuelo Ángel, que permaneció inmóvil. Pasados unos minutos, posó su mano izquierda y la deslizó por el lomo del serio minino, repitiendo ese movimiento cada poco, mientras Salvador, una vez hecho

la rosca entre sus rodillas, pasaba a un estado de relax imperturbable; semejaba, más bien, una embriaguez gatuna, por el prolongado ronroneo que la acompañaba y por la impasible y plácida imagen que ofrecía a los que, atónitos, contemplábamos lo que sucedía. Manteniendo una respetuosa distancia ante los dos veteranos, guardamos un silencio cómplice, que mantuvimos así, ensimismados, hasta cerca del anochecer. No era para menos: el rostro de mi abuelo se iría transmutando con el paso de los días en los que se llevaba a cabo el ritual. Hasta sus arrugas cambiaron el mapa de su semblante, que empezó a suavizar la expresión mientras, en sus rasgos, se iban dibujando suaves gestos de relax; lo que le daba aspecto de haber, incluso, rejuvenecido algunos años.

A las pocas semanas de repetir la misma liturgia, por fin, lo vimos sonreír. Fue un leve gesto que, poco a poco, se fue haciendo más amplio y patente, perfilando su semblante y devolviéndonos la esperanza, mientras asistíamos, asombrados, al resultado que el encuentro entre los dos abuelos había sido capaz de producir; ese gesto nos atrapó el corazón definitivamente. Y asumimos como un privilegio el comprobar cómo ambos, cómplices voluntarios, compartían aquella serenidad que los años solo conceden a quienes les fueron pacientemente fieles; a los que, sin juicios ni promesas vanas a sí mismos, supieron aceptar el discurrir de la vida, con el sabio convencimiento de que, para sobrevivir, para llegar a viejo, o a muy viejo, no solo es imprescindible haber nacido, sino haber sabido envejecer.

DOS ABUELOS

Por eso, esa tarde, mientras mis ojos seguían casi automáticamente el vaivén monótono de la mecedora, rememoré aquel providencial encuentro que cambió nuestras vidas, y la enseñanza precisa y certera que nos hizo entender la percepción sesgada que casi siempre tenemos de lo que nos rodea. Comprendimos el importante aprendizaje y el inesperado beneficio para el cuerpo y la psique que implica la voluntad de abrirnos a dar y a recibir espontánea y desinteresadamente, como nos lo enseñó el abuelo Salvador, con su feliz y acompañado ronroneo vespertino, que entregaba, cada tarde, al mínimo precio de ser acogido en las rodillas de otro abuelo tan mayor y sabio como él mismo. Y mientras nos alegrábamos al ver la sonrisa franca y generosa marcando el rostro de mi abuelo, durante horas y horas cada tarde, fuimos conocedores y espectadores directos de que los milagros existen: responden al cumplimiento de la ley del amor, la ley del dar voluntaria y genuinamente, sin más.

EL BATIDO DE LENTEJAS

Isabel Muñoz González



No había querido que Paco me acompañara; él lo pasa mal y a mí tampoco me ayuda. Además, me muevo por aquí con soltura, soy de la casa y conozco bien el funcionamiento del hospital. Cuando llegué, por la mañana bien temprano, ya había alguna gente esperando y la doctora aún no estaba en su despacho. La sala se llenó en pocos minutos. No quise decirle a la auxiliar que soy enfermera del centro y me colara la primera, como suele hacer casi siempre el personal sanitario. No me gustan las recomendaciones cuando de mí se trata, porque estoy convencida de que el síndrome del recomendado existe. Prefiero que no se me apliquen privilegios, pasar desapercibida y ser un código barra. Pero después de tres horas intentando leer revistas pasadas de fecha, intentando hacer oídos sordos al resto de los pacientes compartiendo sus historias clínicas en voz alta, en una especie de competición por ser el caso más grave, intentando adivinar cada vez que salía la auxiliar del despacho a llamar a alguien si por fin me tocaba, estaba desesperada.

Lo peor no es la quimioterapia, si sabes que tienes pocas posibilidades de salir de esta y cuando solo tres meses antes de conocer este diagnóstico me estaba preparando para afrontar otro probable destino, una silla de ruedas, a causa de mis problemas de columna. Lo peor de todo es la espera en esta horrible sala para ver a la oncóloga y que me dé el visto bueno para enchufarme al gotero. Soy una mujer sensible y contenida que aguanta lo que le echen. Mi marido dice que soy como una croqueta, blandengue por dentro y con una costra exterior muy firme para no desparramarse. Será por eso por lo que cuando por fin entré a la consulta y ella me dijo sin levantar la vista del ordenador que estaba baja de defensas y que no podrían ponerme la quimio esta semana, sin querer, dos lágrimas resbalaron de mis ojos y se precipitaron sobre la mesa. La doctora me miró entonces desenchajada y, moviendo la cabeza de un lado a otro, con cara de gran contrariedad me dijo:

—¡Por Dios! No llore usted, ¡que tengo mucha prisa!

Y cogiendo un pañuelo de papel de la caja que había sobre la mesa, me lo ofreció mientras se levantaba para despedirme hasta la puerta.

—Venga, mujer, séquese esas lágrimas, no salga así al pasillo. ¿Qué va a pensar la gente que está ahí afuera sufriendo? Tenga un poco de empatía, caramba. Y, ale, sea positiva, que como no levante ese ánimo no va a ayudar a sus defensas.

No se me ocurrió nada que contestarle. Volví a casa y sin decirle nada a Paco me preparé un batido de hígado con lentejas, para subir las defensas.

Accésit
EL RUNRÚN
Ángela Sánchez Rada



Poco me importa si se seca el jardín. Basta ya con ese runrún con que llenas mi cabeza desde que te fuiste. Como siempre, hermana, antes de marcharte de este mundo, te saliste con la tuya. Te empeñaste, y el trocito de tierra que hay en la parte trasera del chalé lo convertiste en un medio huerto o jardín sin gracia ni orden alguno. En aquella esquina un ciruelo, al lado los rabanitos y el perejil, después las margaritas lindando con la tomatera y junto a la ventana el rosal. No daba para más, aquel trozo de tierra que no me dejaste enlosar ni poner aquellas bonitas hamacas donde poder tumbarnos al sol. Ahora casi todo está seco, desde que te fuiste nadie lo riega.

«Qué será de mí si falta mi hermana», pensaba siempre con zozobra, y mira por donde, ahora, me encuentro en la gloria. Esta tranquilidad sin escuchar tus reproches y haciendo las cosas como me viene en gana es el paraíso. No es que no

te quisiera, Irene, pero fueron tantos años juntas, sin marido ni hijos que hicieran hueco para que entre nosotras corriera el aire. Días y días, meses y años. Oye, que ahora no nos vendrá mal un descanso, ya tendremos tiempo infinito cuando nos volvamos a encontrar.

Hoy que me siento animosa, estoy aquí, bien acomodada, frente al televisor en tu sillón preferido. Sí, ya sé que llevo puesto tu batín, ¿y qué? Mira, es un capricho, qué gracia, a lo mejor ahora me vuelvo caprichosa. No, no necesito que me recuerdes con ese runrún en mi cabeza que es tuyo, tu olor está en cada fibra de este tejido barato que tú llamabas terciopelo. Y aquí a mi lado, el tazón de leche calentita, y no ese brebaje asqueroso que me hacías preparar todas las noches para asegurar una buena digestión y la placidez del sueño.

Claro que te quiero, hermana, pero ahora pongo la segunda cadena, en la que echan reportajes de animales y viajes que tanto me gustan. Ya no tengo por qué aguantar los concursos de letras, tus preferidos, donde tu vanidad se endulzaba respondiendo antes que los concursantes. Y ves, he cambiado y no pasa nada. Qué poco poder tienen los muertos. Mira tu orquídea, la cuidabas como a un tesoro, ahí la tienes mustia con las flores inclinándose la cabeza y los pétalos amarilleando de sed.

Otra vez con el mismo runrún en la mente. Que si quito el tapiz o no, mira que es horroroso con esos ciervos panzudos y sin gracia intentando beber en ese charco que pretende ser río. Pero qué mal gusto tenías, Irene, y sin escuchar mi opinión,

como siempre, ahí lo colgaste en la pared más visible, arriba del sofá. Mañana, si me levanto con ánimo, desaparecerá y después, si junto más valor, me desharé de lo que tú sabes. Pero para eso necesitaré ayuda, yo sola no me atrevo, quizás Marita quiera echarme una mano. Sí, mañana llamaré a nuestra sobrina, que es una chica muy resuelta, y me lo facilitará. Le pondré la urna con tus cenizas en sus manos (seguro que estarás contenta con el ánfora tan recargada y pomposa que te contiene) y ella seguro que sabrá qué hacer. En el jardín ni hablar.

Ya, ya te oigo aunque no hace viento y nada se mueve fuera. Es una rama del rosal que se resiste a morir, esa rama que, como si fueras tú, cada noche golpea sin parar la ventana a la hora en punto que a ti te gusta que nos vayamos a la cama.

LA CHAMPANERÍA

Waltraud Pitzzenbauer Plank



Vivo en una isla verde. La ciudad solo está a treinta kilómetros, pero nos separa un mundo. Mientras, allí, nada más encenderse las luces de neón, sale todo el bullicio del subsuelo, por aquí se alargan las sombras de los árboles, rodeando mi casa con brazos de pulpo. Cuando noche y silencio se hacen cómplices, separados a ratos, por el salvaje grito amoroso de gatos, entonces es cuando me ahogo, cuando me hundo en la nada.

Desde hace tiempo vivo sola, hablo sola, duermo sola. Todo el mundo se ha marchado, primero mis hijos, uno a uno; después mi marido. Los veinte años de matrimonio pesan; los cuerpos se hacen desérticos. Mi cama de matrimonio parece un barco naufragado en medio del océano. Con mis brazos puedo remar hacia los cuatro puntos cardinales. Nunca llego a ninguna parte.

Vivo dos vidas: durante el día la de mi trabajo, mi rutina; durante la noche, la de mis sueños; en ellos encuentro a mucha

gente, vivos, muertos, conocidos, desconocidos. Siempre es el mismo hombre, que se me acerca: estrecha sus brazos, pero no me abraza, me ofrece su boca, pero no me besa. Siempre se despide con la misma misteriosa sonrisa triste que me llega al alma. ¿Quién es? ¿Una creación mía, una compensación por mi desamor, un ladrón de mis sueños, un intruso?

El día se impone otra vez con su incertidumbre, añadiendo otro de tantos en la cadena de lo no vivido. ¿Qué hacer con lo que me queda? ¿Podría hacer muchas cosas! ¿Quizás ir a Filipinas para cuidar leprosos? No soy heroína. ¿Socorrer en un paro cardíaco, aplicando la reanimación que he aprendido en la Cruz Roja, inflando ese muñeco estúpido? Pero ¿dónde está el moribundo? ¿Entrar en un convento? No tengo vocación, mi individualidad es valiosa. ¿Subir en un globo morado al cosmos, explotar en pedazos y convertirme en millones de átomos? Una muerte muy limpia. ¿Y si no hay cielo? ¿Escribir mi biografía? Carece de interés; además es doloroso excavar recuerdos. ¿Enamorarme? Uf... ¡eso nunca más! Es como chocar con cables de alta tensión. Produce hipertensión y cardiopatía. ¿Entonces qué hacer?

Mis amigas me aconsejan: «Búscate un ligue, algo pasajero, nada serio, y lo pasarás pipa.» «¿Cómo?» «¡Es cuestión de seducir!» «No sé, siempre he creído que me tenían que querer por mí misma, por lo que soy...», contesto con mi voz apagada.

«¡Boba! A los hombres eso les importa tres pepinos, lo que les entra por los ojos es el sexo: piernas, muslos, pechos, culos, todo amontonado...» Mis amigas presumen de ser maestras

en el arte de la seducción y he decidido dejarme instruir. Sigo todas sus pautas para adquirir las habilidades necesarias. Me someto al aburrimiento de la peluquería, ojeo revistas banales; toda una tarde entera estoy sometida a los suaves masajes faciales de la esteticista, aguanto su mal aliento. Para redondear mi aprendizaje, me compro la falda clave en el asunto, que naturalmente expone todo el encanto de la redondez de mis piernas.

«Éxito garantizado», me dicen mis amigas, revisando mis muslos descubiertos y mis pechos firmes —y con cierto aire de envidia por ser una posible competidora. «Lo único que falta es...», rectifican dando la última pincelada de su nueva obra: «Hundirte con tu mirada en la suya, como buceando en un lago profundo.» ¡Pobre de mí! Hasta ahora siempre he hecho lo contrario.

Unos días más tarde me llama mi amiga francesa. «¿Has oído hablar de la nueva champanería? También exponen libros.» «¡Qué interesante!», y pienso: ¿Qué tiene que ver el champán con los libros y los libros con el champán? ¡Cuestión de descubrirlo, además ha llegado la hora! Nos citamos en la champanería.

Salgo de mi isla verde, con mi nuevo *look* y mi falda provocativa. El tren me lleva hasta el centro de la ciudad y solo a unos pasos encuentro la champanería, en el casco antiguo. Cruzo una plaza que reposa pacíficamente en una tarde grisácea, con el encanto de una plaza de pueblo en medio de la ciudad. Los árboles con hojas recién brotadas me abren el

paso. Respiro hondo con toda mi fuerza. «Naturalidad», me digo, y entro.

Mis ojos penetran en la penumbra del local. Todavía no han encendido las lámparas negras que cuelgan del techo con irregularidad, ni las velas sobre las mesas de mármol de patas torneadas. Toda la decoración imita el Modernismo —sin duda un sitio acogedor. El local está lleno, con muchas parejas acarameladas. Por ninguna parte veo a mi amiga. Doy una vuelta mirando los grabados en las paredes y ojeo los libros en el antiguo armario. ¡Tendré que sentarme! No resulta nada fácil, la única silla que queda libre es el taburete del bar. ¡Demasiada alta para mí! «Naturalidad», me digo, y la intento escalar como si fuera el Mont Blanc. Veo con espanto cómo mi falda se sube peligrosamente, y echo de menos la que me llega a los tobillos con esas flores blancas inocentes sobre el fondo. No sé qué hacer con mis piernas que caen al vacío, demostrando tanta desnudez que las veo como si no fueran mías, como unos zancos. Me siento ridícula y descarto totalmente las lecciones de seducción. Miro de reojo a mi alrededor y veo que todo el mundo charla tranquilamente, bebiéndose a sorbos el champán. Ni siquiera se han fijado en mí, y esto me tranquiliza. Empiezo a dominar mi nuevo terreno y hasta me permito dar media vuelta para controlar la puerta, por si acaso entra mi amiga.

«¿Espera a alguien?», oigo una voz a mi lado. «Sí», contesto con débil voz. Discretamente miro al hombre que me ha preguntado. Es de considerable altura, con frente noble, de aire intelectual. Tiene el pelo gris y revuelto; parece de mediana

edad, pero irradiando esa juventud que nunca se estropea. Sus largos manos, la ropa desenfadada y sus movimientos despreocupados tienen aire de pertenecer al mundo bohemio. Me mira con ligera sorpresa y, para no ser descubierto, cambia rápidamente su expresión.

«¿Qué se puede tomar por aquí?», me pregunta con voz sonora, y esta vez le contesto con más seguridad: «Champán, naturalmente.» «Dos copas de champán», dice al barman.

Levantamos nuestras copas, brindamos y el tintineo de cristal suena alegre y juvenil. «¿Qué tal el champán?» «¡Magnifique!», digo, acordándome de mi amiga francesa. ¡*Mon dieu*, que no aparezca de ninguna manera por esta puerta! «Magnifique», repite el hombre, paseando su mirada por mis piernas y perdiéndose en mi escote. Me ruborizo y, ahora sí, me acuerdo de las enseñanzas de mis amigas y le miro profundamente a sus ojos. Son grisáceos, impenetrables como los sombríos lagos suecos. El barman llena de nuevo nuestras copas. Me siento ligera, floto, ya no me preocupan ni mi falda ni mis piernas. Nuestras palabras fluyen sin obstáculos, como si nos hubiéramos conocido desde siempre. Tenemos tanto en común: la literatura, el arte, la vida... En un instante de distracción, pura casualidad, bajo mi mirada hasta su cintura e intuyo su virilidad. Levanto rápidamente mi mirada, me ruborizo, un increíble calor invade todo mi cuerpo, sube desde la columna hasta la cabeza: «¡Eh! Cuidado, cables de alta tensión, no te dejes atrapar por un sentimiento. ¿Qué es eso de atrapar? Con su ternura seguramente te llevará a placeres desconocidos.

Déjate caer, olvida, flota, vibra. Vibra con todo tu cuerpo.»

El hombre sonrío tiernamente, como si hubiera captado todos mis pensamientos. Me roza con sus brazos y penetra con su mirada en la mía. Nos reconocemos... Le siento, siento todo su cuerpo, siento su respiración, me siento yo, mi cuerpo, mi respiración.

Dos chispas saltan de copa a copa...

Aparece un hombre en la puerta, sus piernas ligeramente abiertas, con pantalones muy ajustados; se planta, como si quisiera dominar en un momento todo el espacio. Es realmente atractivo y parece estar muy seguro de sí. Sus rasgos son regulares y su pelo rubio engominado, destacando la raya del pelo. Mi compañero y yo hemos vuelto la cabeza al mismo tiempo, recibiendo sus flechas, que se disparan de manera violenta, de sus glaciales ojos azules. Ni Zeus podría haberlo hecho mejor.

Mi amigo se levanta rápidamente, poniéndose nervioso y rígido, da un paso adelante, seguido de otro atrás hacia mí, estrecha sus brazos, pero no me abraza, acerca sus labios, pero no me besa, y entonces susurra en mis oídos: «Lo siento, lo siento de verdad.» Se va hacia la puerta, en donde le espera el otro, rodeándole con su brazo. Salen juntos por la puerta. En un momento, mi amigo quita el brazo del otro, da media vuelta, vuelve la cabeza y me mira con esa sonrisa triste que me llega al alma.

¡Ladrón de mis sueños, intruso, seductor!

Todavía me quedo un rato más en la champanería, y cuando veo que mi amiga no aparece, pago las seis copas de champán y me voy.

El tren me lleva otra vez hacía las afueras. Miro a través del cristal. Apenas quedan casas. Entramos en el campo. Veo la variedad de encinas, jaras, alfombras de flores. La primavera había puesto todo su énfasis en darle a cada una su glorioso colorido.

Intento retenerlo, no puedo, ni ese solitario olivo, ni ese charco recién nacido. Todo pasa demasiado rápido. Intento retener la cara de mi amigo, su frente alta, sus ojos grisáceos, su misteriosa sonrisa. Ya está palideciendo, ya se ha desvanecido. Sé que nunca más volveré soñar con él.

¡Oh, corazón humano, tan voluble eres, qué débil tu memoria!

Estoy otra vez en mi isla verde. Escucho la Sinfonía Fantástica de Berlioz —sueños y pasiones. Con el segundo movimiento, el vals, empiezo a bailar. Bailo por toda la casa. Floto como una nube. Noto fluir la sangre por mis venas, el pulso, mi respiración agitada, los latidos del corazón.

¡Maravillosa máquina!

Río a carcajadas y me pregunto: «¿Volverás otra vez a la champanería?»

Por qué no.

¡Cualquier día de estos!

LA LOMA DEL PERAL

Andrés Ignacio Plaza Rodríguez



Ahora que lo recuerdo, lo sé. Aquí fue donde, sin imaginarlo, mi padre me sembró, igual que si fuera una futura mata de oliva, en aquella excavación en la tierra de chinarro de la Loma del Peral, donde hacían los hoyos para colocar las dos estacas de olivo en cruz en el fondo de cada cueva. Por eso lo recuerdo y he vuelto antes de cumplir los cien años, para saber cómo tienen los troncos de gruesos, cómo son las plantas centenarias. Y hasta cómo era mi padre y cómo soy. Ahora que lo sé, por eso he vuelto a los olivos de mi edad, cuando ya voy gastando el año tres de mi segundo siglo; comenzando el día dieciocho de abril del año 2019, que recién ha comenzado. Reuní, en mi cumpleaños del centenario, mis cien reales de vellón, los cinco duros de plata de cuando era niño. ¡Aquellas sí eran unas monedas valiosas!

Fue así: me cogió por los sobacos y me alzó para dejarme caer en aquella entraña; mis rodillas quedaron enrasadas con

el borde, y luego, tomando una paletada de la tierra removida, me cubrió los pies, de broma, y me dijo: «Ya estás plantado, Ignacio. Ahora, a crecer como las pestugas¹; más tarde, las varetas, de las que irás dejando hasta las tres que forman cada uno de los olivos de estos olivares, de Jaén, y serás como los plantones; cuando llegues a mocico, cuando hayas cumplido de los quince a los dieciocho años, cuando mocees y admires a las jóvenes, siempre a la mujer, serás un hombre.»

Fue aquí, en esta tierra, donde comenzamos el aprendizaje de las faenas agrarias. Con el maestro, que nos explicaba las cosas más extraordinarias de los animales y de las plantas, que él conocía por herencia y por observación. Cosas tan insignificantes y difíciles como a distinguir a un mulo yeguito de otro mohíno, a saber cuándo es el cierne de los trigos y de cómo la hoja cimera de los cereales es el zurrón, que acuna en su seno a la espiga, que ya asoma un poco su raspa por arriba, con su saludo suave.

Y fuimos conociendo, poco a poco, la araña con su tela, tan fuerte y sutil que aprisiona al insecto y lo devora luego; la mantis religiosa, tan quieta sobre el tallo que llegas a creer que es un trozo de la planta y allí aguarda, píamente, la visita de una langosta, de la avispa a la que nada teme; de la lagartija, que sube ágil por el tronco y ya no la ves, por ser vegetal en

1 Vara flexible, rama.

su quietud y color. El alcaudón real que anida en el olivo y se atreve a acometerte si osas destruir su preciada casa de criar, la perdiz que canta en el otero, el ruiseñor en el soto, ya en este río, el Cerezuelo, que nace y crece y baja desde Cazorla. ¡Tantas cosas!

Poco a poco sabíamos de las plantas de jugo blanco y lechoso, como la lechetrezna, la que nos jugó la gran trastada antes de dejar de ser niños. Aprendimos los nidos de tórtola, tan desabrigados; el del colorín, tan íntimo; los de abejarucos, tan profundos, y los de urraca, tan enormes y aparatosos. Y el muy interesante de oropéndola, todo de barro, con un agujero abajo que no alcanzan sin caerse ni el lagarto ni la culebra. Todos aprendieron a defenderse, cada uno a su modo, cada uno es sabio a su manera. Nosotros hemos sabido de muchas cosas que los animales no pueden, como leer y escribir; pero son muchas las que hemos olvidado, con el paso de los siglos y los siglos.

Más de una vez, bajando de la Mancha de los vinos hasta este Jaén del olivar, detuve el coche y admiré aquellos infinitos liños, que nada me eran, pero tan nuestros, que me sentí rico en mi pobreza y abrigado en mi desnudez, y era que estaba parado junto al gran vergel de olivos y el océano del aceite que es toda la provincia de Jaén, hasta donde mi recuerdo llega.

De aquí soy, hasta aquí vengo. Ya ahora solo, con la memoria y el recuerdo, lo que de mí queda. Ya los olivos se comieron toda la tierra calma y es toda Jaén un inmenso prado de olivar y de olivares, hasta donde la vista se detiene: La Loma y Baeza,

Cazorla y Villacarrillo, Iznatoraf y Villanueva del Arzobispo, Santo Tomé y la Loma del Peral, tan de nosotros.

Ya no sé si irme o si quedarme; aunque me vaya, me quedaré aquí, como un nacido olivo, de estos de mi edad, ya centenarios.

¿Y cómo voy a poder venirme ahora, si me sembró mi padre, como a un olivo más, en el hoyo abierto sobre la cruz de las dos estacas? Y con ellas crecí. Mi alma es óleo, ya solo recuerdo suave y casi tan apagado que no me atrevo a irme ni a quedarme.

La pequeña finca de mis padres, en la que hicimos nuestro máster. Ese relato sí está en este libro. Aquella era una vida para no recordarla y, sin embargo, la añoramos, es nuestra esencia. La finca de mis padres, primero de pan llevar, después seiscientos sesenta olivas en ocho hectáreas. Nuestra pobreza y nuestra riqueza. Aquí quedó.

LA VENTANA

MD Bezoña Arana Corral



Nunca imaginó que aquella ventana iba a cambiar su vida hasta ser casi una obsesión.

Desde pequeña conocía cada esquina y piedra de la fachada, eran incontables las veces que pensó que semejante belleza merecía ser disfrutada, inventaba cuentos e historias que en ella podían haber ocurrido, lo que la asustaba y cautivaba en igual medida.

Hacía unos días que rondaba por su cabeza la idea de que algo había cambiado y, por más que la observaba, todo parecía igual, con la misma calma, aunque no dejaba de preguntarse si la casa estaba vacía o habitada.

Y entonces de repente lo vio. Casi pierde el aliento, entre los huequitos que separan las láminas de la persiana, notó el suave movimiento de las cortinas que se mecían dibujando delicadas formas.

Se quedó como clavada, allí donde con tanta frecuencia había contemplado la vivienda, pero ahora no era una fantasía, el visillo bailaba al compás de la caprichosa brisa.

Cuando pudo despegar los pies del suelo, notó que una fuerza desconocida la unía anclada a él, le pesaban como jamás los había sentido.

Así pasaron varios días, con la cortina insinuándose a través de la ventana, en total silencio. Acercarse hasta ella era un ritual involuntario que le fascinaba.

Pero una mañana aún templada de octubre, cuando el sol se pone interesante camino del otoño, volvió a cogerla desprevenida, e igual que se abrió sin ver a ser humano, se cerró sin respuestas. Volvía el misterio sobre la ventana que la tenía subyugada, la casa encantada volvía a cubrirse con el velo del secreto no revelado.

Después de la decepción, siguió pasando delante de la ventana cerrada, no quería mirarla, pero el rabillo del ojo la traicionaba dirigiendo la mirada hacia ella, lo que la desasosegaba profundamente, ya que no quería seguir pendiente del ingrato habitante que no se dejaba ver, pero al mismo tiempo una fuerza incontrolable le hacía girar la cabeza, aunque fuese un poco.

Era un no te quiero ver, pero te miro, que la tenía desconcertada, algo superior que podía más que su enfado con ella misma por tomárselo como algo personal, cuando nada de eso tenía.

Había probado todos los trucos para ignorarla, acelerar el paso, poner música y cantar, bajarse el gorro y ni se acordaba de cuantas cosas más, sin que ninguna diera el resultado esperado.

Por más que se prometiese todos los días mañana paso de largo, el imán de la ventana era tan grande que le resultaba imposible no acercarse.

Esta pelea la tuvo durante mucho tiempo, era una lucha entre la persiana obcecada y ella, y de momento la primera ganaba por amplio margen.

Siempre atravesaba el paraje por las mañanas, cuando las sombras de la noche no han desaparecido del todo pero van dejando paso a la luz, el claroscuro que lo envuelve todo de manera mágica.

Aquel día todo se complicó y tuvo que posponer su paseo hasta media tarde.

Se abrigó, metió las llaves y las manos en los bolsillos y comenzó a caminar por el mismo sitio de siempre y que cada día le resultaba diferente, bien porque olía a perfumada tierra húmeda o a césped recién cortado o porque los árboles desnudos habían alfombrado el camino; siempre hallaba un motivo, pero cuando más disfrutaba era cuando el cielo se derramaba generoso dejando el suelo esponjoso y jugoso con esencia de mil aromas.

Así que la tarde se presentaba prometedora, ¡y no sabía cuánto! Al pasar por la casa encantada, se puso blanca, las persianas estaban subidas, las luces dadas y a través de las cortinas se veía gente que iba de una estancia a otra.

No supo cuánto tiempo permaneció allí inmóvil, pero fue consciente de que unos años de su vida habían estado unidos a aquella casa, y ahora que tenía vida para ella, se acababa el

idilio de la aventura con aquella ventana y la historia se desmoronaba como si se tratase de un castillo de hielo que se derrite cuando le da el sol.

LUCÍA

Emilia Luna Martín



Por más que lo intentaba no lograba desprenderme del recuerdo de Lucía. La memoria me traicionaba: Lucía entre las olas, Lucía bajo los jazmines... Como si no hubiera más espacio en mi cabeza para otro pensamiento que no fuese ella ni más placer que no fuera el que su solo recuerdo me provocaba.

La primera vez que la vi, con las primeras luces del día, acompañaba a mi madre al triduo de la patrona; el leve vaivén de su enagua de batista perforada al compás de sus pasos, el movimiento cadencioso de sus caderas al subir los peldaños de la iglesia por la mañana temprano. Entraba despacio, respetuosa, caminando hacia el Sagrario con una devoción sin límites, dejando tras de sí un aroma que enviaba al olvido el de los claveles y gladiolos del altar. Tras santiguarse, se arrodillaba, escondía su cara entre las manos y sollozaba entre las flores.

Desde el primer momento creció en mí una enorme curiosidad por descubrir qué motivos llevarían a una mujer tan bonita a ese sufrimiento. A partir de aquel día, me acostumbré a ir diariamente a la iglesia antes de entrar en la oficina. A veces llegaba tarde al trabajo, pero no me importaba demasiado. Solo tenía que intentar que mi madre no se enterara de ello. Por lo demás, lo que realmente me importaba era pensar en Lucía. Su olor y el vuelo de su falda se mezclaban con el café y las noticias de las ocho de RNE. De noche, su presencia bordaba mis sueños con festones de enagua.

Al cabo de los meses, una invitación de un compañero de oficina a la despedida de soltero de uno de los jefes me dio la oportunidad de conocerla. Normalmente nadie me invitaba a nada, y no lo culpo. Era difícil despertar interés con mi aspecto vulgar y mis ropas grises; mi inclinación exagerada sobre la mesa había ido configurando una joroba en mi espalda que contribuía a la fama que, con el paso de los años y unido a otros detalles, fui adquiriendo de bicho raro.

Al entrar en el club «solo para hombres», entre los codazos de mis compañeros, mis ojos se dirigieron sin remedio a la chica que servía copas tras la barra. Era preciosa y con esa manera de hablar tan sensual que tienen las sudamericanas. Casi todas las chicas del club de alterne procedían de esa parte del mundo de la que apenas conocemos las escabrosas noticias de la televisión y las últimas publicaciones de escritores famosos. Cuando ella bajó la escalera de mármol rojo, parsimoniosa, consciente de que todo el universo masculino

del local la miraba, todo lo que la rodeaba se disolvió entre el humo de los cigarrillos y la pesada atmósfera del lugar. Apenas había hecho descender los últimos escalones cuando los tuvo que volver a subir, esta vez acompañada. En el tiempo que estuvimos allí, la operación se repitió, sin pausa, varias veces más.

Tras decir adiós a mis compañeros en la puerta del local (despedida que podía haberme ahorrado habida cuenta de que nadie me contestó), las luces de un día que auguraba tormenta comenzaban a alumbrar los recovecos del parquin. Miré el reloj: la hora se acercaba. Mis compañeros se fueron y yo me quedé esperando dentro del coche. Lucía salió y, de no ser por el movimiento de sus caderas y el vaivén de su enagua, no la hubiera reconocido. Llevaba aún restos del maquillaje nocturno que se esforzaba en borrar con algo parecido a una toallita. Salí del coche sin hacer ruido y la seguí a una distancia prudencial. Atravesó el descampado que servía de límite al pueblo y enfiló la calle principal hasta entrar en la iglesia, con la cabeza gacha, como si su nuca soportase todo el peso de las nubes de verano y las tormentas de su mundo interior.

La escena de todos los días se repitió una vez más, pero esta vez decidí aclarar mis dudas aun a costa de llegar tarde a casa y buscarme una buena bronca con mi madre, que, porque siga viviendo en su casa pasados los cuarenta, cree que puede entrometerse en mi vida. Cuando Lucía salió de la iglesia con los ojos emborronados en rímel, sombra de ojos y lágrimas, le pregunté con mucho tacto el motivo de su reiterado sufri-

miento. Me reconoció con pericia como uno de los clientes del club de la noche anterior y me confesó en un alarde de sinceridad el problema que desde hacía tiempo la acuciaba. Eran los remordimientos, a los que se sumaba, como incremento a su dolor, la vergüenza de tener que atravesar diariamente el pueblo, como humillación obligada por su pecado, para ir a la única iglesia que había y llorar a placer. Le pregunté que por qué no lo dejaba; a lo que respondió que lo había intentado varias veces pero que le era imposible, por motivos que no podía confesarme.

Como no podía dejar de pensar en ella y en su incapacidad para resolver su problema, decidí aminorar su carga y hacerle más soportable su dolor. Desde hace unos días, Lucía no tiene que ir a la iglesia a llorar y a rezar. He conseguido una imagen de una Virgen de las Angustias en el rastrillo del pueblo de al lado y he fabricado un altar, con la vieja cómoda, en mi dormitorio. Mi madre, feliz por haber encontrado con quien compartir su devoción y los rosarios, ha hecho una funda de cretona para el reclinatorio carcomido que había en el trastero y hemos inundado la habitación de velas y fotografías de santos. Compró gladiolos y claveles todos los días para que, cuando llegue Lucía por las mañanas, exhausta a la salida del club, impregne la enagua que cubre sus caderas con su olor. Algún día reuniré el valor suficiente para pedirle que me enseñe en qué consiste su trabajo... Aquel día en el club, no me atreví a subir las escaleras.

PARÍS

Emilio Eduardo Frías Legarreta



Estoy en los brazos del Sena. París me trata como una novela del Nouveau Roman en folios blancos con sabor a *champagne*. Un *café crème*, un *petit chocolat* en el plato y los adoquines agarrándome de los zapatos con manos lujuriosamente perfectas por Saint Denis. Siento que mis sienes van a estallar.

Mi voz ronca de gritar «*je t'aime*» por los puentes de la *cit * que se llenan de mentiras al retomar el eco «Yo no, yo no». Sufro, luego existo. ¡Qué iluso! Te escapaste otra vez con el otro, un bailarín de tangos apaches moreno.

Por las mañanas los escolares de a dos por la rue de Bac, los violines de Verlaine por las tardes para los oídos de Rimbaud, las imágenes en blanco y negro de películas de Chabrol con su mujer de protagonista.

Cierro los ojos y me veo junto a ti en el Pont de l'Alma. «¡Agárrame o me tiro!», te grito. Me miras con indiferencia, por ahí pasa una ambulancia. Me dices: «Yo no voy a hacer noches, me ponen la tez macilenta.»

París claro y oscuro mentiroso, lloro en la Madeleine y río cuando me bebo dos copas de más en los bares y luego meo en las aceras de la rue de Rivoli.

Después me encuentro besando el suelo delante de la sala L'Olimpya; todavía estás de pie, amiga. Te cambiaron de sitio pero sigues igual de desafiante que en los años yeyé, insidiosa en tiempos malos, ahora nostálgica. Gracias por recordar mis lloros cuando se abren los cortinajes rojos y suenan los primeros acordes como mis primeros suspiros. La nostalgia es lo último que se vende, antes el alma a Lucifer para ser eterno; pero a mí la eternidad me cansa, prefiero la fidelidad que no me acompaña, solo recuerdos pasados donde no pasó nada por estar bajo el Arco del Triunfo.

Acaricio las casas de piedra y las escupo por no poder vivir en ellas. Los mimos me saludan cuando cierro los ojos y las mujeres insolentes de Saint Germain cruzan las piernas y fuman Gitans. Oigo el ruido de su lencería de *dentelles*, me ruborizo; son únicas, sentadas.

Los hombres del Marais van de negro, te devoran con la mirada como modelos de Cardin en la pasarela y yo me ahogo entre los distintos tonos de gris que me envuelven. No respiro, me pierdo en Bellevue, mercadillo de color en una colina cerca del cielo, eso creo.

París inventó el gris, las golondrinas negras por encima de Le Sacré Cœur cantan «*Nous irons un jour le Cathédrale reste seul, triste est là, là, là*». Al pasear por la isla de Saint Louis acaricio la puerta de madera del portal donde vivió Georges Moustaki. Lloré al recordar la canción «Le Métèque» cuando la descubrí. Tenía veinte años.

Pienso cómo ha pasado este tiempo de soledades desgastadas por no tener un clavo ardiente donde agarrarse y tirar por la puerta de en medio. Los *clocharde* que viven bajo los puentes se duermen escuchando la lluvia que choca con el río y murmura canciones de cuando París fue liberada a golpe de acordeón: «A la Madelón le gusta mucho el vino, el ron y los soldados, Madelón, Madelón, Madelón.»

París me viola, me humilla y me tira luego como una colilla en el meandro de Notre Dame. ¿Qué más quiero? Esperar al jorobado y yacer con Esmeralda, ¡ *salope!* Ya no existen, fueron.

Yo pido perdón por ir rápido y no mirar a los lados, su cielo inigualable, sus árboles y bulevares, pero ¡duele tanto! Mirando al frente *avanti march*, izquierda, derecha, izquierda, derecha, parezco un militar loco.

Me crujen las rodillas de tanto andar con zapatos de tres leguas, los bistrós me tiran de la manga. Me siento en sus mesitas de mármol, *un pernod, s'il vous plaît*.

Pienso en alto y cito ciudades y añoro todo lo que no puedo ver más allá de lo que ven mis ojos abiertos. Cuántos años París me ha amado, odiado y ninguneado. Solo el Louvre me ama, sus pasillos me dan calor, amor.

Me siento humillando por la place Vendôme y me refugio detrás de las columnas de la place des Vosges. Como en Chez Didier en el ángulo de la plaza, en la ventana, viendo el discreto encanto de la burguesía que compra cuadros en las galerías de arte vestidos *vintage*, agarrados de la mano con los niños detrás, educados, mirando sus móviles.

Los parisinos son altivos, callados y tristes, emocionalmente inmaduros; me planto ante ellos amándolos y hablando el francés de Colette que me persigue. La despisto en la avenida Foch, donde me desmayo de tanta belleza; es un síndrome de no ser parisino, es la idiotez de hoy, mañana tendré otra. ¿Cuál?

Las caricias sin tacto, los bailes a lo agarrado en el Tango, los besos robados de François Truffaut y la soledad que lo envuelve todo. El silencio es omnipresente. De vuelta al hotel, por callejuelas conocidas que susurran vuelve pronto, yo les grito «¡Hijas de puta, estoy aquí!», y un vecino me insulta: «*Conar, qu'il te donnent dans le cul.*»

Llega la noche y los lobos salen por la Porte d'Orléans para besarte a oscuras delante de la estatua de *Dalida* en Montmartre, donde terminan devorándome entre sábanas revueltas del Hotel Niza, decadente y morboso.

Estoy en la garde du Nort con la maleta de madera llena de mudas sucias, *désespoir* y descalzo. He pegado mis zapatos en el andén, mi cabeza está helada, mi corazón ardiente. Suena el pitido del tren y el humo blanco que no existe, solo en mi alma, me hace cerrar la ventana. El negro es eterno y

PARÍS

la noche me dice: «Mírate en la ventana, has envejecido.» Me tapo la cara. Me arropo en mi cama de mi ciudad antigua, el edredón de plumas de oca susurra de nuevo aquí y curo mis heridas y los desgarros en mi carne con un Pastis. Una vez más París me ha destrozado, escucho a Juliette Greco cantar «Déshabillez moi». No duermo, descanso, mañana sin ir más lejos regreso: me olvidé mi alma.

PSICOFONÍAS

Elsa De Armas De la Cruz



Un mes después de la muerte de Iván, mi abuela Patro comenzó a hablarme del hombre de los teléfonos. «Hay algo que no te deja de rondar. Mira que yo sé de eso, Pauli, es mejor que aclares las cosas.» ¿Aclarar las cosas? Ya era tarde. Si no fuera por la falta de sueño, creo que hasta me hubiera reído. Una noche tras otra me despertaba viendo a Iván caer del andamio, su cuerpo aplastado en la acera como un balón pinchado para siempre. Por mucho que sus colegas dijeran que había habido un fallo en el mecanismo de cierre, a mí no se me quitaba de la cabeza que no había cerrado el arnés aposta, por la bronca que tuvimos el día anterior. Alguien le había ido con el cuento de que yo había quedado con Javi y me llamó hecho una fiera. Como estaba un poco harta de tener que darle explicaciones, le colgué el teléfono tres veces. Después me mandó un mensaje amenazándome con cortar

y yo, sin pensarlo, solo le dije «¡Vale!», imaginando que al día siguiente me llamaría de nuevo y yo le haría comprender que Javi había venido a traerme unos apuntes y a resolverme unas dudas de matemáticas y que, aunque era jueves, el día que mi madre trabaja hasta las ocho, la abuela Patro había estado allí toda la tarde sin quitarnos ojo. No es que piense que quería matarse por mí, él estaba completamente seguro de que jamás se caería, pero lo de no abrocharse el arnés fue por darme en la cabeza. Desde que entró a trabajar en la obra, yo siempre le hacía prometerme que guardaría todas las normas de seguridad y le contaba cómo el tío Antonio se había quedado cojo por no respetarlas. Ahora Iván, por mi culpa, por no haberle explicado las cosas como fueron, no estaba cojo, sino muerto y enterrado.

—¿Cómo se va a hablar con los muertos en un puesto y por un teléfono que ni siquiera tiene cable? —le dije desdeñosa a mi abuela, a quien siempre había tenido por una mujer práctica y espabilada.

Su respuesta me sorprendió, no tenía ni idea de que supiese nada de espiritismo.

—Lo importante tal vez no sea el teléfono, Pauli, sino la persona que tiene el poder de establecer el contacto. Hay médiums que usan una bola de cristal o una güija, él usa los aparatos antiguos que vende. Manoli, la del segundo, ha solucionado sus problemas con el hijo que se mató en la moto y yo también tenía unas cosillas que arreglar con el abuelo Anselmo. Tú tienes algo que decirle a Iván, anda, ve y quédate tranquila.

Por más objeciones que le iba poniendo, la abuela encontraba la forma de rebatirlas y, entre unas cosas y otras, seguía sorprendiéndome.

—Que no, Pauli, que no es un timo —aseguraba cuando yo le decía que el hombre de los teléfonos sería ventrilocuo—. Es la voz del abuelo. Además, me llama siempre «nena», como hacía él cuando estábamos solos, y me dice otras cosas —y entonces se sonrojaba de una forma que la hacía parecer una chiquilla— que nadie puede saber.

A mí empezaron a intrigarme esas cosas que le decía el abuelo a la abuela y de pronto me di cuenta de que no siempre habían sido como yo los recordaba, sentados uno junto al otro en el brasero, paseando del brazo o mirándose cómplices cuando alguno de sus hijos quería meterse demasiado en sus vidas. El caso es que empecé a envidiarlos y a pensar que tras aquella ternura apacible habría habido en otros tiempos un amor —con besos, pasión, celos, peleas y reconciliaciones— que no se había extinguido ni después de la muerte. Cuantas más vueltas daba a aquellas misteriosas palabras del abuelo, más me intrigaba saber cuáles serían las que me permitirían reconocer a Iván, saber que era él, y no un impostor, quien estaba al otro lado, porque lo cierto es que él hablaba poco y siempre me llamaba Pauli, como todo el mundo. Cuando al fin me decidí a ir a ver al hombre de los teléfonos ya no sé si pesaba más en mí aquella curiosidad o el deseo de explicarme y pedirle perdón.

A la hora del recreo, aprovechando un despiste de la conserje, me escapé del instituto. En cinco minutos me

planté en el mercadillo de la calle Feria con los veinte euros que me había dado la abuela aquella mañana en el bolsillo. Reconocí el puesto en seguida. Tras una tabla sostenida por dos caballetes y atiborrada de teléfonos antiguos de distintos modelos y colores, un hombre de la edad de mi padre hablaba por el móvil. Me sorprendió su aspecto: unos vaqueros, una camiseta, el pelo descuidado y la cara mal afeitada lo hacían absolutamente indistinguible de los demás vendedores, nada hacía suponer que tuviese algún tipo de poderes. También me sorprendió que no hubiese una cola aguardando turno para conectarse con el más allá, solo una señora bastante mayor, con aspecto de chiflada, conversaba bajito, agarrando muy fuerte el auricular negro de un aparato polvoriento; pero yo ya estaba decidida.

—Me han dicho que aquí se puede hablar con los muertos.

El hombre miró, a derecha e izquierda, como temiendo llamar la atención.

—Son veinte euros —dijo en un susurro ronco. Cuando se los di me preguntó el nombre del difunto, la edad y el lugar de la muerte; se quedó un momento contemplando su mercancía, eligió un teléfono rojo y, apartándose para que no pudiera ver el número, introdujo siete veces su dedo de uñas sucias en el marcador de disco, que repiqueteó siete veces mientras volvía a su posición inicial. Después se alejó más. Lo vi hablar entre dientes, gesticular y manotear un rato, hasta que vino hacia mí con gesto de pesadumbre.

—Es la primera vez que me pasa, pero Iván no quiere ponerse.

Debió darle pena mi cara de decepción, porque me preguntó:

—¿Quieres que te diga lo que me ha dicho?

Asentí con los ojos y el hombre pronunció, con tono de rabia: «Dile a esa puta que si no me va a dejar tranquilo ni muerto.»

Entonces supe que había hablado con Iván, porque eso era exactamente lo que Iván habría dicho. Sentí un alivio en el pecho y la seguridad de que aquella noche iba a dormir a pierna suelta, pero, al mismo tiempo, un dolor muy grande que se me derramaba por las mejillas y empañaba la camiseta. El hombre me miró con una mezcla de lástima y simpatía.

—No puedo cobrarte —me dijo—. No has hablado con él.

Sacó los veinte euros arrugados del bolsillo, me los puso en la mano y se despidió:

—Anda, vete. ¡Y saluda a tu abuela de mi parte!

*M*ICRORRELATOS
FINALISTAS
2019

EL CASTIGO DE ARENA

Juana María Piney Taboada



Hubiera preferido el cuarto oscuro al caer silencioso de esa arena infinita que abandonaba el norte para volver al sur y viceversa. La voz de ella, autoritaria, gritaba sin piedad lanzándome violenta al lugar de pensar, un oscuro rincón de mi memoria donde la culpa, escrita con mayúsculas, se convertía en el monstruo implacable que acabaría devorando mi sueño.

Medía mi silencio con precisión exacta, en un volver eterno hacia mi propia voz.

Cuando llegó, inocente, a despertarme al alba un latido agitó mi corazón y gritó mi garganta: «¡Llévatelo, es un monstruo!»

Accésit
EQUIVOCACIÓN

Augusto Ángel Klappenbach Pinotti



Subí al tren cuando ya partía; cerré los ojos y me dormí. Me despertó un revisor uniformado y con gorra que me pedía el billete. Cuando abrí los ojos, los asientos de plástico se habían transformado en bancos de madera. Estaba en un compartimento con otras dos personas: una dama con una falda hasta los tobillos y un caballero con sombrero y gabán. El caballero encendió su pipa después de solicitar permiso a la señora.

Recién entonces me di cuenta de que me había equivocado de tren: había subido al que recorre el tiempo y no el espacio.

LO DEJÓ PARA MAÑANA

Diego Durán Franco



Recibió la noticia a las nueve en punto del día veinte de marzo. A las nueve y quince minutos se apretaba la sien con el cañón de la pistola de su padre. El sol parecía apagado entre nubes.

En la pared de enfrente veía un calendario.

«Mañana empezará la primavera», pensó, y dejó caer la mano. «Mejor mañana y así quedará, definitivamente, consagrada.»

Pero mañana el sol tenía otro color, y hoy, veinte de marzo del año siguiente, mientras hace el amor con Analinda, se alegra de, por una vez, haber dejado algo para mañana.

OLFATO

Daniel Fasín Peña



La pistola olía a desagrado antes y a pólvora después; el gatillo olía a tragedia, la culata a deseo, y el cañón a víctima inocente.

Apoyada sobre la mesa huele a tranquilidad y a espera, hasta que despierte y vuelva el deseo, la víctima y la tragedia.

*P*RIMEROS
PREMIOS
2020

Primer premio relato 2020

CETÁCEOS

José Manuel Casado Vázquez



Solía venir los martes y alguna vez también los viernes, aunque lo mismo se pasaba toda una semana sentado debajo del extintor que cuelga junto a la escalera de incendios con las piernas dobladas para no estorbar el paso de la gente, con ese gesto un poco cohibido cuando le parecía estar molestando; flexionaba la pierna para cambiar de postura o tal vez eso lo hacía porque se le había dormido y quería que le volviese la circulación. Cada mañana era igual, yo entraba justo a las nueve y a las nueve y cinco ya lo tenía allí revoloteando en busca de su libro y ni siquiera un saludo ni un «buenos días» antes de sentarse y ponerse a leer. Le gustaban los jardines y siempre rebuscaba en el mismo estante, abajo a la izquierda junto a la puerta de la escalera, y luego de coger su libro se dejaba caer como si llevase mucho tiempo sin descansar, aunque de eso no estoy segura: hay gente que siempre anda suspirando cuando coge la butaca, son los cansados por

naturaleza, como yo le digo a Claire. La sección de jardinería no es muy popular, hay poca gente a la que le interesen los jardines de Kent o cómo crear un huerto en la azotea, así que la sala estaba casi siempre vacía salvo que algún despistado se hubiera equivocado de planta y buscara el ascensor, y él podía pasarse la mañana leyendo a placer, un poco tenso a veces, cerrando el libro como si de pronto pensara que estaba molestando y que me quejaría al encargado y le echarían a la calle. A mí me resultaba un poco extraño que se sintiera tan inseguro porque todo el mundo sabe que aquí la gente puede quedarse horas leyendo de pie entre los estantes o sentarse con la espalda pegada a la pared y nadie les va a decir nada, aquí esa libertad es lo primero de todo. A ratos algunos clientes me distraían: los libros de viaje están en los expositores de la sala contigua, justo en el centro, o son doce con noventa y cinco, gracias por la compra, y él levantaba la cabeza y me miraba fugazmente desde su rincón con esos ojos un poco lobizones que suelen tener los hombres que llevan vidas solitarias.

Creo que fue en octubre cuando vino por primera vez, un día lluvioso y con viento y él sin gabardina y con aquellos pantalones raídos que nunca se cambiaba y la chaqueta que le quedaba holgada, como si se hubiera agrandado después de comprarla en uno de esos mercadillos de domingo. Luego empezó a venir más a menudo y yo me acostumbré a su forma de ser, a sus silencios, y le esperaba inquieta cada mañana hasta verle abrir la puerta del ascensor, tan silencioso, tan azorado o tal vez solo alerta. Un día me vino una idea loca y mi corazón



se puso como un bólido a doscientos, por eso viene tanto a verme pero de tímido que es no se atreve a decirme nada, ni un «hola», que es lo mínimo. Claro que tal vez era yo quien le quitaba las ganas, con la blusita blanca con encajes y la falda tableada largo Marks and Spencer que hacía juego con el cárdigan rosa regalo de mamá, pero sobre todo las gafas y esta horrible montura de pasta negra que me sienta fatal, son estas malditas gafas, le dije a Claire, pero mamá no hace caso, mira tu prima Molly, con lo tonta que es y se las arregló para engatusar a Charlie. Pero no tiene nada que ver, yo no puedo con estas gafas de pasta y este moñirri que a ella le gusta tanto que me ponga, es lo que mejor te queda o estás muy guapa y mentiras por el estilo. Así que salí de compras y encontré una montura salmón que me encantaba, me sacaron un buen dinero porque era de marca, pero me quedaba preciosa y con la melena suelta seguro que ahora él me sonreiría, al menos eso, aunque no dijera una palabra como era su costumbre. Era Navidad y él venía todos los días a leer sus libros y se pasaba la mañana conmigo, abufandado, tosiendo a ratos, un poco más demacrado y con los ojos como sumergidos en las órbitas, y una mañana le esperé con mis nuevas gafas salmón y la blusa verde pálido y una falda que acorté para que me dejara las rodillas al aire, pero él hizo lo de siempre y buscó su libro sin dedicarme ni siquiera una mirada y me dolió, no puedo negarlo, le odié por ser tan retraído y hacer como si no me hubiera visto, como si no supiera que todo lo había hecho solo para él. A las doce me tocaba la hora de descanso

y Julián me substituyó en la caja para que yo subiera al comedor de personal. Tenía ganas de llorar y me desahugué con Claire, ese mirón es un idiota, me dijo, y a mí me pareció que sí, que era un verdadero idiota, pero luego bajé a la planta y al verle me dio rabia que le llamasen mirón y también idiota, quizá solo tomaba precauciones no fuera a ser que yo me molestase si me interrumpía en mi trabajo y le pusiera en su sitio.

En enero el tiempo mejoró y él se pasó unas semanas sin aparecer por la librería, estará enfermo y habrá tenido que guardar cama, últimamente le notaba algo desmejorado y con círculos violeta alrededor de los ojos. Era temporada de gripe y todos doblábamos turnos para cubrir a los compañeros que se enfermaban y yo de aquí para allá echándole de menos, si al menos lo viera sentado en la escalera cada vez que pudiera escaparme... Después vinieron lluvias por esas borrascas del Atlántico que nos barren de parte a parte todos los años, suerte que la boca del metro queda al lado de casa y luego solo tengo que hacer un transbordo hasta la parada más cercana a la librería. Los días pasaban y él sin venir, tendrá que recuperarse por lo menos una semana, pero un día por fin apareció de nuevo y todo volvió a ser igual que antes, solo que ya no se iba a mediodía y se quedaba leyendo hasta que cerrábamos a las cinco, ya había agotado la balda de abajo y se había pasado a lo del mar, a los arrecifes de coral y las migraciones anuales de los grandes cetáceos, y yo me sentía feliz con esa nueva afición que le había entrado así, tan de repente; todo ese leer y leer es solo para quedarse conmigo, y cada mañana



me vestía con ropa atrevida y al verle le sonreía. Un día Claire me animó a que le hablase, Claire es mi mejor amiga y me empujaba a dar el paso; te estás volviendo loca, mejor te acercas a ese chico y le dices algo, a primera hora no hay casi nadie y es un buen momento, pero yo no me decidía y le dejaba leer todo el tiempo aunque hubiera sido algo natural que me acercara y le dijera algunas palabras, algo sobre los cetáceos, por ejemplo, pero no me atrevía, quizá él se incomodaría y se sentiría observado y acabaría por abandonar la librería y yo lo perdería para siempre.

En mayo los pubs empezaron a sacar las mesas a la calle y la gente se sentaba en los jardines o bebía cerveza y tomaba el sol tumbada sobre la hierba. Él dejó de venir, pensé que los cetáceos ya le aburrían y que se había mudado a otra sección, la fotografía, tal vez, o la papiroflexia, y lo busqué por todas las plantas pero nada, era como si la tierra se lo hubiese tragado. Hoy tampoco ha venido, le dije a Claire una mañana a la hora del café, me preocupa que vuelva a estar enfermo, y ella miró afuera y me señaló el cielo azul y dijo que no hacía día para pasárselo leyendo.

El siguiente sábado Claire y yo fuimos a Green Park a disfrutar de la primavera. Yo estuve todo el rato distraída, pensaba en el mirón —me había acostumbrado a pensar en él con ese nombre— y me acordaba de sus ojos tristes y como soñolientos y también de los enormes cetáceos que tanto le gustaban. Más tarde cogí el metro para volver a casa, cerca de King's Cross hay un sitio donde suelen dar comida a los

mendigos y había una cola ante la puerta. Yo cruzaba deprisa por delante de la gente que esperaba, casi corriendo, cuando de pronto le vi de pie en medio de la fila y me dio un vuelco el corazón: él era uno de ellos, él con su chaqueta marrón a cuadros que parecía colgarle de los hombros y su mirada hambrienta de reflejos azules, aguardando a que le llegara su turno. Al pasar me reconoció, lo pude ver en sus ojos, pero los bajó al instante como avergonzado, tal vez por estar allí con todos los demás, no lo sé, yo tampoco me detuve y luego sentí como un vértigo al sumergirme en el abismo del metro, y en el vagón otra vez el silencio de los grandes cetáceos y entonces las lágrimas y la falta de aire, pensando en él, ahogándome allí dentro entre aquella gente extraña que parecía disgustada o tan solo apenada, aunque ya no me importase que me viesan llorar, y llegué a casa y mamá me preguntó qué te ha pasado, pero no quise hablarle y me fui al baño y rompí en pedazos mis malditas gafas salmón y fui tirando los pedazos en el cubito rosa para las compresas sucias.



Primer premio microrrelato 2020

HOY HE VISTO UN ÁNGEL

Luis Gerardo Vacas Carbonero



Sentado en un banco de la plaza vecina, disfrutaba de un poco de sol en esta primavera prisionera. Apareció volando a media altura, lento, bailando al ritmo suave de la brisa de media tarde. Un anónimo guante de plástico del cercano súper danzaba en el aire como si fuera un vals de Año Nuevo, por mi calle.

Lo seguí hasta el portal y subí a casa pensando que, como tantas veces, debo darle las gracias a la poesía.

*Dibujo del autor

*R*ELATOS
FINALISTAS
2020

APRENDIENDO A AFEITARSE

Maria Nuria Verda Gómez Molina



Esta mañana, cuando por fin me decidí a quitarme la pelusilla del bigote y me puse frente al espejo con la Gillette en la mano, me vinieron a la cabeza las muecas y morisquetas que hacía mi padre al afeitarse. Murió siendo yo muy niño y casi no guardo recuerdos de él, pero tengo fresca en la memoria, como si hubiera sido anoche, su lección sobre cómo debía afeitarme cuando me hiciera un hombre.

Mi madre prepara la cena con la parsimonia del sábado, mientras en el otro fuego se calienta el agua para bañar a Mercedesitas. Yo observo desde la mesa, en la que simulo hacer los deberes, cómo mi padre se acerca zalamero a su mujer y se arriima a ella para decirle algo al oído y de paso robar agua caliente para afeitarse. Ella se ríe dejando ver el hueco del diente que perdió por una mala caída, y papá le da un pellizco en el trasero. Julián, los niños, ya habrá tiempo luego, y él que no, que se iba al bar, y que seguro que venía tarde. Ella frunce el ceño y con un

gesto brusco se aparta de su marido, de sobra sabe que volverá medio bebido, si no borracho del todo, y se pondrá pesado, y le grita a mi hermana, que jugando con la lana enmarañó la labor, ¡niña, deja eso!, por no gritar a mi padre.

En el bar estás mejor que en casa, le dice. Mujer, una copita no hace daño a nadie, que es sábado. Como si te conformaras con una, rezonga ella. A mí tampoco me gustaba que se fuera al bar, porque lo más probable era que mamá me despertara, bien entrada la noche, para que la acompañara a buscarlo y entre los dos tendríamos que traerlo a rastras, si no pasaba como la última vez, que volvió solo pero sangrando por la nariz y con el ojo hinchado. Tropecé con una piedra, nos explicó, y me di en el ojo con una rama, pero no le creímos porque también tenía sangre en la boca y en los puños.

Y tú, por qué pones esa cara, Rasputín, dice rascándome la cabeza al ver mi mueca de enfado. Le gusta llamarme así porque, según él, mi pelo erizado y rebelde me hace más cara de Rasputín que de Julián. El apodo te pega más que tu propio nombre, aseguraba, lástima que ni el cura ni tu madre me dejaron elegir, que si no...

Al pasar a mi lado con el agua caliente, me hace un gesto con la cabeza para que le siga, ya es hora de que vayas aprendiendo a afeitarte, me dice. Voy tras él, entusiasmado por la muestra de hombría que me brinda, e intento, sin saber aún por qué, memorizar sus movimientos. Coloca la palangana sobre el lavabo y moja la brocha en el agua caliente, después traza con ella círculos en la pastilla de jabón hasta que consigue

una espuma gruesa y espesa. Se sienta sobre la tapa del retrete y pone la brocha en mi mano para que yo le enjabone la cara. De rato en rato se levanta para mirarse al espejo y con su mano ruda me señala aquellas partes en las que no hay suficiente espuma. Hay que extenderlo bien por toda la cara, me explica, menos los ojos y la nariz, que ahí no hay pelo, y nos reímos los dos, yo con el decoro que me produce su presencia y él con una sonora carcajada.

Cuando tiene la cara y el cuello bien enjabonados, coge la navaja del estante, sujeta mi manita y juntos la pasamos por el cuero para sacarle filo. Me ayuda a subir al inodoro para que vea mejor, y muy, muy despacio, empieza a deslizar la hoja por su cara, primero las patillas, me anuncia, con mucho cuidado para que queden iguales, esta parte la afeitas hacia abajo, ¿ves?, asiento mientras compruebo cómo arrastra la navaja en dirección descendente, después hinchas el cachete así, y llena el carrillo de aire, y rasuras esta parte, luego, y siempre en el sentido del pelo, recorta la barbilla y el bigote. Por último debes afeitar el cuello a contrapelo, esta parte es la más delicada, hijo, debes tener mucho cuidado y hacerlo muy despacio, si te cortas el cuello puedes morir desangrado, y pasó la navaja a escasos milímetros de la yugular en un movimiento rápido, como si fuera a degollarse.

Esta mañana, cuando me enjaboné la cara como él me enseñó y comencé a deslizar la cuchilla por el rostro, me invadió la pena. Se me encogió tanto el corazón que a medio afeitar abandoné y me lavé la cara para quitar los restos de jabón. Me sentí

como si volvieran a aporrear la puerta para avisarnos de la pelea, y escuché de nuevo a los de la taberna asegurando que él no la había provocado. Mercedes, esos forasteros venían buscando camorra. No pudimos sujetarlo, ya sabes cómo es, sacó tan rápido la navaja... Que el niño no lo vea, hay mucha sangre.

Por las ranuras de la puerta alcancé a ver cómo cuatro hombres traían a mi padre desvanecido. La sangre teñía su camisa, y sobre su garganta, rajada de parte a parte, alguien había colocado un trapo rojo. En mi cabeza resonaban las palabras de mi padre, *debes tener mucho cuidado y hacerlo muy despacio, si te cortas el cuello puedes morir desangrado.*

EL LOBO DE MAR

Gloria Reinoso Ceballos



Le vio sentado en el poyete. Miraba, parecía, al suelo: cabizbajo y el tiempo prendido entre las manos entrelazadas. Convinieron verbalmente para que posase durante dos horas en su estudio, bajo luz cenital, en una postura copiada de esta suya cotidiana.

El escultor preparó el barro y antes de la hora prevista formó el bulto en que vivía, no nato, el viejo marino. Unos golpes con los nudillos en la puerta, un apenas llevarse la mano a la gorra, un mirar desentendido, solo la primera vez que entraba, alrededor para localizar su lugar y una posición de estatua, adquirida al sentarse. No necesitó rectificación, ni necesidad de explicación alguna. Allí estaba frente a su autor: en la quietud soñada por el artista.

A las dos horas exactas, el viejo se levantó, volvió el leve saludo tras el que sonaron los goznes de la puerta. Se marchaba con un arrastrar silente de roce de goma, sobre lo áspero del pavimento.

Al perderse los últimos ecos del andar furtivo, el escultor notó un silencio especial: denso, profundo. Diríase que hasta aquel momento nunca hubiera estado solo frente a un barro iniciado. Miró la amalgama de arrugas de la faz atemporal de un viejo: marinero anodino de los que se cruza cualquier paseante por la orilla del mar y lo asocia y confunde con el risco, la barca, el rumor del agua o la espuma.

La arcilla se tornó hosca. Se le borraron los rasgos apenas desapareció el modelo de su presencia. En un momento destruyó el fructífero trabajo de dos horas. Desalentado ocultó, con un trozo de lino mojado, el mojón de barro. Desconcertado, se dispuso a esperar al día siguiente.

Anduvo desosegado toda la tarde aturdiéndose con música; leía sin fijar la atención en el drama que se desarrollaba por las líneas, porque su pensamiento vagaba entre volúmenes, entre unos rasgos que inexplicablemente huyeron de sus manos, como si de un novato se tratara. Molesto por el silencio que dejó tras sí el marinero, que no lograba ahogar lo más estridente de la música dodecafónica. Al atardecer, recurrió a Mozart e intentó sumergirse en las sombras de la anochecida. Paseó su desazón junto al mar; llegó a adormecerse tumbado en la arena, arrullado por el mismo sonido que transportaba y depositaba su modelo a su vera, cuando se sentaba apresando en la quietud de las manos, el clamor incesante del mar, el chasquido voluptuoso de las olas, el rumor bronco de resacas y desafueros de embravecidas tormentas.

Parecía como si existiera una comunicación extrasensorial

con la persona extática sentada frente a su caballete. Como si le hablase contándole de su vida: sus aventuras, las curiosidades del mar y la marinería. Porque en el gesto de izarse del taburete, no podía resistir el impulso de destruir lo ejecutado; como si al irse toda la fuerza de sus rasgos huyese con él, dejando una masa informe de barro entre sus dedos.

De dónde venía la oquedad, la sensación de vacío. De dónde las palabras, el discurso que escuchaba con tal atención que obnubilaba su mente hasta dejarle incapaz de proseguir su trabajo. Qué historias se desprendían del hombre impávido. Qué poder de sugestión ejercía para mantenerlo inoperante durante dos horas, absorto en unos sonidos imposibles de vivificarlos en soledad.

Se refugiaba en el pequeño puerto de pescadores para imbuirse del olor a brea. Los silencios que lo expulsaban del estudio eran solo la negativa a reconocer el divorcio que existía entre él y el arte. La materia se le negaba: modelaba y desbarataba el trabajo porque le era imposible reflejar en el montón de barro algo que no fuera precisamente eso: barro. Sus dotes de escultor naufragaban en el mismo barco que devolvió, jubilado, al marinero que intentaba copiar: reproducir las arrugas vejatorias de mil salitres; los ojos estrechos, hundidos de tantos y tantos soles cegadores.

El escultor pretendía que, al mirar la obra terminada, no se viera a un hombre anodino de edad avanzada; sino que en cada arruga, en ese gesto de permanecer sentado, se leyera la angustia de ese golpe de mar que estuvo a punto de arrastrarlo

a las simas que conforman los cementerios marinos. Que se llegara a percibir el olor mezclado a algas y vísceras de atunes, bacalaos, merluzas...; a notar en la piel la sequedad del sol y la sal, y en la laxitud de los brazos apoyados en las rodillas, todo el inmenso cansancio de la vida.

Abandonó su posición junto al pedestal, clasificó las espátulas y acercándose al modelo introdujo en un surco el primer estilete arañando suavemente la piel rugosa. Cambió la espátula, eligiendo con esmero el grosor para incidir de nuevo. Brotaban esquivas salitrosas, capas salobres, imperceptibles láminas cutáneas. El modelo, estoicamente, aguantaba la limpieza de impurezas acumuladas por la intemperie, que conformaban las arrugas que el tiempo imprimió sobre su rostro. Con cada resto marino surgían también letras sueltas, pedazos de estrofas, fantásticos cuentos que días atrás le embelesaban impidiéndole el trabajo. Modeló absorto en su tarea, indiferente al ciclo del Sol y la Luna, con un ardor de impaciencia juvenil, como si se tratara de su primer empleo y de él dependiera su vida. En una comunicación absoluta, sin titubeos, con la firmeza del maestro, con el único objetivo de sacar a la luz lo que yacía oculto por los fósiles y él entrevió en un momento de lucidez premonitoria.

A punto de retoques, se alejó regocijado y sudoroso a contemplar en éxtasis lo que anduvo buscando tantos días sin éxito. Se limpió las manos. Notó el cansancio agarrotándole las articulaciones. Se echó sobre los hombros un viejo chaquetón marinero y se encaminó al paseo vespertino. El mar se

envalentonaba al viento de poniente. Las olas se despanzuraban en borbotones marrones. La playa parecía aumentada de tamaño, desierta, habitada solo por manadas de gaviotas. En el puerto de pescadores las barcas mantenían feroz lucha con las estachas que las sujetaban al noray. Contempló el forcejeo con la parsimonia del que todo lo tiene acabado; lo único importante es el fragor del mar tras el espigón. La intensidad de la espuma blanca, o cuánto rato pasará hasta que la más intrépida de las olas lo rocíe con su carga de agua.

En la otra esquina, en la puerta de la taberna, un hombre, viejo lobo de mar, contempla también el oleaje, el baile de barcas, el tiempo que pasa y se aleja: ese al que ya es ajeno. El escultor mira al frente, mira al viejo lobo de mar, pero sabe que su mirar lo traspasa. Se introduce en su íntima morada, en el lugar que ocupa en su vida: ve una escultura maciza, poderosa, con los pies asentados en el suelo, descalzos, llevan impresos los roces de arena, el pisar acompasado que marca el ritmo de la pesquera; los pantalones remangados, igual que la camisa; las manos callosas sobre las rodillas, una abarcándola, la otra, sobre la derecha, mantiene los dedos entrecerrados, como dejando el hueco que ocupó la maroma al sacar el copo; la misma memoria conserva el hombro ligeramente ladeado. El escultor sabe que la figura humana que habita su estudio se cocerá, se destruirá y transformará. Sabe que será el bronce que adorne el inicio del puerto. Se le rodeará de jardines; una lápida, también de bronce, expondrá la dedicatoria y el nombre del autor.

El escultor sintió que el aire frío se le metía en la espalda. Notó liviano el grosor de la chaqueta. Regresó al estudio recordando, en los mínimos detalles, los innumerables relatos de tantos días. Oyó su voz, el ritmo mágico de sus narraciones. Se paró ante la figura acabada y no le dijo «Habla», como Miguel Ángel a su *David*, sino «Quédate conmigo».

Accésit
EN SU LUGAR
Margarita Montes Aguilera



Lo peor era el olor a semen, por lo demás el trabajo no estaba tan mal.

Una tarde lo dijo en la cocina y Mara sonrió mostrando sus dientes fuertes manchados de carmín y de nicotina y, como si le hablase a una niña, dijo:

—El semen no huele mal, Nela. Eso que notas, lo que no te gusta, es la miseria que se pega a las sábanas como escarcha.

Mara era la única que podía decir cosas así aun en presencia de la señora Li. La señora Li alardeaba de que su casa, si bien modesta, era discreta y limpia. Sin luces de neón en la fachada, sin nombres exóticos: no hacía falta, todos los que tenían que saber, sabían. Sin embargo, nunca se atrevía a replicar a Mara.

Nela tampoco lo hacía, pero seguía pensando que, para ella, el penetrante olor a rancio que persistía en las habitaciones cuando entraba a limpiar era el del semen, lo reconocía,

olía como el miedo y los golpes. Sabía que en la casa de la señora Li eso no pasaba, nunca lo habría consentido, pero el olor era el mismo.

Cada día cambiaba las sábanas de todas las camas y fregaba los suelos y los baños con detergente con aroma de pino. Nunca usaba lejía, a la señora Li no le gustaba que la casa oliese a lejía cuando llegaban los clientes. Después, preparaba la comida de las chicas, dejaba algo de cena y la cocina limpia antes de marchar. Ese era su trabajo.

Lo mejor, el tiempo que pasaba en la cocina.

Mientras trajinaba con los pucheros escuchaba las conversaciones de las chicas. Las que no tenían clientes, sentadas alrededor de la mesa camilla con los faldones rojos por encima de las piernas, mataban el rato charlando. En invierno, la cocina era el sitio más caliente de la casa y en verano, con la puerta abierta, corría el fresco desde el patio. A veces estaban alegres, otras no. Lloraban y reían con la misma facilidad. También discutían mucho. Algunas se quejaban porque las otras hablaban alto y no les dejaban enterarse de la novela. El televisor estaba permanentemente encendido en su rincón.

Mara era su preferida. Era la preferida de todas. Había llegado un par de meses después de que Nela empezase a trabajar allí. Cayó en la casa con la fuerza de un meteorito: grande y hermosa. Como el fuego que renueva los pastizales, algo fue cambiando en la cabeza de las chicas. A la señora Li no le gustó, sobre todo porque empezaron a protestar por cosas que antes aceptaban de buen grado. Llegó a decirle a Mara

que si continuaba con sus arengas la tendría que echar. Sin embargo, también consiguió que se cuidasen más, les enseñó a mantener el pelo limpio y brillante y la piel hidratada. Organizó las comidas y las horas de sueño y eso, a la larga, fue positivo para el negocio. La señora Li terminó por claudicar. Nadie sabía de dónde venía; se dijo que habían oído que decían que había sido maestra en el norte, pero que algo la obligó a marchar. Siempre hay algo que nos obliga a marchar, pensaba Nela. Mara nunca confirmó ni negó nada.

Le gustaba este trabajo. Limpiar era igual en cualquier sitio, estaba acostumbrada, lo había hecho desde que huyó, e incluso antes. Pero aquí estaba bien.

Aquella tarde, a principios del invierno, Nela tomó su decisión. La carretera se había inundado con las lluvias y no llegaron los clientes a la casa. La señora Li maldijo pero, después, también se unió al chocolate con picatostes en la cocina. Mara sacó alguno de los libros que guardaba en su habitación y, como todas insistieron, leyó poemas en voz alta.

«Los últimos vencejos revolotean en torno al campanario. Los niños gritan, saltan, se pelean», leyó.

Nela escuchaba atenta. De todos los libros posibles, de todos los poemas posibles, Mara había tenido que elegir aquél. Bajó la vista y, sin querer, sus ojos se posaron en las manos. Como si las viese por primera vez las descubrió: enrojecidas, con los dedos hinchados y las uñas agrietadas. Avergonzada, las escondió entre los faldones de la chaqueta.

—¿Qué son vencejos? —preguntó Dulce, la mulata cubana.

—Son como golondrinas —respondió Mara.

—Yo nunca he visto golondrinas —dijo la mulata.

—¡Hombre, no te habrás fijado, golondrinas hay en todos los lados! —replicó la señora Li.

—¡Esta lo único que ha visto revolotear por el África será algún león! —bromeó Marisi, la Colores.

Todas celebraron la broma y se pusieron a hacer ruiditos como los que hacen los monos en la selva.

—¡Que Cuba no está en África, Colores, no seas burra! —replicó la mulata.

—Las golondrinas se van de los campanarios, pero siempre vuelven en primavera para hacer sus nidos —dijo Nela.

Se quedaron calladas. El reloj de la pared marcaba las diez. El mecanismo que hacía que la puertecilla se abriese cada hora y saltase el cuco llevaba mucho tiempo sin funcionar. Nela sabía que adelantaba pero, aun así, ya hacía rato que había terminado su jornada y tendría que haberse ido a casa. Le pasaba a menudo, se resistía a salir de allí. Hubo un tiempo en el que ella también le leía poemas y los aprendía de memoria. También había un campanario y niños con tirachinas y cazamariposas. En esa plaza, la del campanario, creyó enamorarse y, allí mismo, le rompieron el corazón y la crisma.

¡Qué bien se estaba en esa cocina!

Nela rompió el silencio.

—Yo también quiero ser puta —dijo.

—No sabes lo que dices —le respondió Mara—. Tú no puedes ser puta.

—¿Por qué? —insistió—, es mejor ser puta que fregar.

—Porque no te gusta el olor a semen.

—Pues ya me gustará. ¿Eso no se puede aprender?

—Todo se puede aprender, pero no todos servimos para todo.

La señora Li suspiró.

Nela se miró de nuevo las manos. No tenían los dedos finos de la mulata, ni siquiera eran grandes y cálidas como las de Mara, tampoco llevaba las sofisticadas uñas tornasol de la Colores, las suyas no eran así. Sabía lo que quería decir Mara, los vencejos revolotean alrededor del campanario, los niños saltan y las manos suaves acarician los cuerpos; así era el orden de las cosas. Cada uno en su lugar, con lo que le toca. Sin embargo, en aquella casa, ese orden se le antojaba a Nela bastante perturbado y pensó que, si Mara y la mulata y la señora Li y las otras podían quedarse allí en la cocina, tomando chocolate y charlando, no había nada, ni siquiera esas manos, que a ella se lo fuese a impedir. Esta vez no tenía ningún motivo para marchar.

LA MOSCA EN LECHE

María Antonia Navarro Quintana



Odiaba aquella rebeca blanca. De un blanco immaculado, cegador. Y de angora, por si no fuese suficiente con aquel color. Una rebeca blanca de angora. Nívea, inflada, globosa, inocultable, en definitiva. Por la que asomaba, sin que hubiese manera alguna de evitarlo, su cabeza. Morena, muy morena. No el pelo, eso solo no hubiese sido ningún problema. También sus amigas, la mayoría, tenían cabellos castaños o, incluso, negros. Pocos rubios había en el pueblo. No, no era el pelo. Era la piel la que era morena, muy morena, anormalmente morena en aquel pueblo; en aquella región.

Odiaba su piel morena. Casi negra. Por hacerla destacar tanto en aquella rebeca de angora blanca cada vez que salía de casa y recorría, primero, su calle hasta el puente, después, el puente sobre el río y, luego, la larga avenida hasta llegar a la iglesia, ya al otro lado del pueblo. Cada domingo de buen tiempo de los tres años, casi cuatro, durante los cuales su

lento crecimiento de aquella época le permitió —obligó más bien— usarla. Quince minutos de ida y quince minutos de vuelta. Uno tras otro.

En pleno verano o en invierno no había peligro. El suplicio se interrumpía.

En verano su madre la guardaba en papel de seda con bolitas de alcanfor para ahuyentar la polilla de su preciada rebeca blanca de angora. También esparcía lavanda seca para intentar neutralizar el fuerte olor del alcanfor.

En invierno tampoco le permitía que se la pusiese no fuera a aplastarse la angora con el pesado abrigo de paño y quedase la rebeca mustia, aplastada, inadvertida. La guardaba también en papel de seda blanco, sin doblar y sin bolas de alcanfor, dentro de un cajón, con mucho cuidado de no aplastarla con otras prendas.

La guardaba, contra el frío y contra el calor, con gran esmero, no se fuese a estropear aquella maravilla de la confección moderna que le había obligado a hacer dos viajes a la ciudad en tren. El primero, cuando la vio en aquel escaparate pero no pudo comprarla por ser sábado por la tarde y estar la tienda cerrada. El segundo, el martes siguiente —el lunes no pudo salir del pueblo, no encontró, aunque bien que lo intentó, a quién dejar al frente del negocio de coloniales que regentaba, ya que su marido había ido a Galicia a por castañas—, cuando volvió de nuevo a la ciudad, nerviosa, intranquila, pensando en que a lo largo del lunes alguien hubiese podido, en cualquiera de las siete horas en las que

había permanecido abierta la tienda, arrebatarle la prenda. Sin embargo, cuando por fin estuvo frente a la tienda de nuevo, allí estaba aún, en el mismo escaparate, sobre la misma maniquí infantil, reclamando su ávida mirada, tan lustrosa, tan llamativa, tan única como el sábado anterior. Porque esa era la única que quedaba y, aunque de una talla —o dos— superiores a la de su hija, no dudó ni por un momento que tal preciosidad tenía que ser para su vástago. Ya de vuelta, en el tren, iba pensando en lo contenta que se pondría la pequeña al ver aquella maravilla. En lo agradecida que quedaría a su madre por haber pensado en ella, por haberse levantado al alba para dejar preparado el negocio y tomar el primer tren para hacer aquel segundo viaje a la ciudad, y luego un autobús. Y de nuevo el autobús de regreso a la estación, donde tuvo que esperar una hora al próximo tren. En definitiva, una mañana completa.

La niña nunca podría olvidar la cara expectante de su progenitora cuando le enseñó la rebeca esperando ver su reacción. Y su reacción fue la esperada. Aquella rebeca blanca de angora tan linda la hizo muy feliz. La acarició percibiendo su suave tacto, se la probó, se observó en el espejo con atención. Ninguna rapaza podía estar tan guapa como lo estaba ella con su rebeca de angora blanca.

Sonó todas las noches, a partir de ese martes, con su rebeca blanca de angora. Se levantaba feliz y feliz transitaba a través de las horas del día, ansiosa, inquieta, impaciente por estrenar su preciosa rebeca blanca de angora.

Hasta que salió con ella el siguiente domingo para ir a misa. Hinchida de orgullo, de felicidad, de alegría. Convencida, sin el menor género de duda, de que iba a ser la sensación de cuantos la mirasen pasar. Mirando a diestro y siniestro para detectar la admiración que suscitaría a su paso su preciosa rebeca de angora blanca. Y así fue. Pero no de la forma que ella imaginaba. Fue como una bofetada. Un calor intenso, insoportable, desolador, le creció desde las tripas, le subió por el pecho y le llegó a la cara. Tan intenso que, incluso en su tez morena casi negra, dejó una huella que pudieron captar los agresores, que disfrutaron más aún, si cabe.

Y a partir de ese momento, siempre. Siempre ellos, aquellos niños, odiosos, antipáticos, malvados, con la misma cantinela: «¡Ahí va la mosca en leche! ¡Ahí va la mosca en leche!» No una, ni dos veces. Todas las veces a las que les daba tiempo desde que la veían aparecer hasta que se perdía de vista después de cruzar el puente. Pero cómo decírselo a su madre. Cómo darle tamaño disgusto con la alegría con la que le había traído aquel día la dichosa rebeca. La rebeca blanca de angora. Causa de una de las vergüenzas más grandes que nunca pasaría. Domingo tras domingo mientras no hiciese ni mucho calor ni extremado frío. Cada larga primavera. Cada interminable otoño.

Y empezó a odiar a su madre.

Por haberle comprado aquella rebeca blanca de angora.

Por no haberse dado cuenta de que a una niña con su color de piel nunca le podría quedar bien una rebeca de angora blanca.

Por hacerla consciente de aquella rareza suya, que no lo había sido hasta entonces.

Por mirarla orgullosa cada vez que la veía salir de casa, domingo tras domingo, enviándola sin sospecharlo al madero de la burla, del escarnio, de la humillación.

Por haber tenido una hija con aquella piel, que huía del sol con todos los artilugios imaginables pero que no conseguía despistarlo. Un sol que siempre la encontraba y añadía más color a su piel ya negruzca.

Por convertir los sueños de cada noche en una repetición del camino del domingo a la iglesia. Interminable. Insoportable. Inevitable.

Ahí va la mosca en leche.

Ahí va la mosca en leche.

LA REDOMA DE TARTESIO

Santiago García Domingo



Siempre que lo deseo dispongo del tiempo suficiente para entretenerme con cualquier mariposa que vuele cerca. De momento paseo y me distraigo observando a las personas con las que me cruzo por la acera; ninguna emoción, nada interesante encuentro en este espacio, salvo mi pensamiento, que quizá está cruzando límites prohibidos.

Pienso que cualquier día viajaré hacia el norte. Sigo temiendo a la hermana de mi madre, aunque hayan pasado algunos años. No presto atención a los escaparates, insensible a estímulos exteriores solo me acompaña la melancolía, pero un detalle me obliga a salir de mi encriptación.

Me he adentrado por las calles angostas del Madrid de los Austrias, ideales para emboscarse; camino sin ánimo por un callejón de paredes de ladrillo viejo, cruzadas por un arco de piedra rebajado que limita la luz ya tenue de la tarde. El suelo formado por pequeños cantos trasmite el frío hasta mis pies.

No me cruzo con ningún viandante, el silencio es parte del paisaje. Una tienda pequeña me detiene, el insólito escaparate acristalado al estilo inglés me cautiva, apenas puedo ver lo que contiene su interior poco iluminado.

Me paro apoyándome en el bastón. Me sigue cautivando este Madrid que dicen nació allá por el siglo IX, floreciendo una amalgama de culturas —cristiana, árabe y judía—, surgiendo así el Madrid mudéjar, con sus pequeñas tiendas que ofrecían diversos productos manufacturados. El rey Felipe II decide instalar la corte en 1561.

Olvido a mi memoria y abro tímidamente la endeble puerta de entrada.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, caballero. ¿Qué desea? —contesta una señora de pelo blanco, sonrisa generosa, delgada, de mediana estatura y vestida de cortesía, a mi parecer.

—Pues... no sé. Entré por curiosidad. Para enterarme de lo que pueda almacenar en estos viejos anaqueles que salpican las paredes —dije con timidez después de un momento de observación.

—Eche un vistazo, señor, fíjese, no tenga prisa, dispone de muchas reliquias. Entre otros artículos interesantes aquí dispongo de una mano derecha que escribe sin ninguna falta de ortografía, la verdad es que refleja nuestros pensamientos en letras, plasma en papel nuestras pasiones y rubrica documentos de adquisición de propiedades sin temblarle el pulso.

—¿Firma cualquier cosa? —pregunté, perplejo.

—Bueno, cualquier cosa no —dijo la mujer—. Los destierros y las penas de muerte no las firma ni con desgana.

—Ya.

—También tengo por aquí un oído de tísica, muy útil para escuchar conversaciones a una distancia impensable para cualquier orejuela humana. Es imprescindible cuando te encuentras en reuniones importantes y quieres saber los secretos inconfesables de la cotilla de turno, así como para ponerse al corriente de lo que murmura tu superior en el trabajo, cuando te da las gracias y se dirige sonriendo hacia su guarida. Es muy útil para enterarse a conciencia de los sucesos de cualquier índole, estando de espaldas a los interlocutores.

—Qué bien.

—En este cajón archivo un estómago a prueba de las más increíbles necedades, aguanta hasta las mentiras que a otro cualquiera le harían vomitar: con decirle que soporta hasta las traiciones más horrendas...

—¿Las traiciones? —sondeé incrédulo.

—Sí señor, y las acusaciones sin sentido, y con contarle que tolera divinamente hasta la envidia, no se lo creería. ¡Solo me quedan dos!

Suena la campanilla de la puerta y entra una mujer delgada, morena, de unos cuarenta años. No le presto mayor atención porque pienso en mi tía, que llegará en poco tiempo, y se bajará del tren buscando a un receptor.

—¿Tiene usted algo de esperanza que me pueda ayudar a sobrellevar el hundimiento moral en el que me encuentro?

¿Que palie mi desasosiego? ¿Que me dote de algo de fuerza para sobrellevar mi angustia? —pregunta la dama.

—Sí, no se preocupe, señora, le serviré la cantidad que necesita. Pero este remedio no sirve de nada, es inservible si no está acompañado de un frasquito de fe... que le regalo.

La mujer lo agradece, suelta la tristeza sobre el mostrador y se va sin mirarme. Detalle que le agradezco.

—Señora, tengo algo de prisa —digo con la intención de que la historia no se prolongue hasta ver amenazada la confianza de mi tía.

—En esta cajita conservo un dedo índice muy útil para señalar a las personas que han cometido alguna mala acción. Los estafadores, mentirosos, bribones y rufianes que se sientan en cualquier mesa de reuniones, para negociar un contrato leonino. Es infalible, no falla y obliga a la persona señalada a sentir vergüenza y corregir su error. Aunque el efecto sea tardío.

Estoy algo desorientado, la señora me lo nota, pienso en poder repartir mi corazón. ¿Me estaré convirtiendo en un filántropo?

—Hace un mes entró un muchacho y se llevó un par de piernas de envidia; las que tenía almacenadas en el sótano. Con decirle que me enteré de que había fichado semanas después por un equipo de futbol muy importante, no existe un encuentro que no meta un gol, o más, sembrando el terror en los guardametas del conjunto contrario. Los aficionados... ¡están contentísimos!

—Qué cosas.

Dirijo la mirada a través de la cristalera del escaparate al exterior. La luz de la tarde es apenas un rescoldo. Recuerdo a la hermana de mi madre. Tengo prisa. Mi tía va a llegar. Vuelvo a escuchar a la señora, que detrás del mostrador sigue empeñada en agradarme. Me cautiva su postura.

—Conservo una caja con un ojo avizor que envidiarían hasta las aves de rapiña más avezadas, y seguramente en alguna ocasión lo pueda necesitar —dice la señora sacando de una repisa una especie de joyero antiguo con cierre de metal. En su interior, un ojo enigmático se fija en los míos penetrándome hasta la médula.

Estoy tentado de decir que sí, que me lo quedo, pero quiero dar tiempo para que mi sorpresa aumente. Un ojo de esa clase especial es casi indispensable, si hubiera dispuesto de uno en épocas pasadas seguramente habría cambiado radicalmente mi destino: me hubiera alejado de mi tía con la suficiente antelación como para no contagiarme de su desatino.

—La mano izquierda que me queda colgada de aquel estante es muy útil. Una buena mano izquierda es primordial para solucionar cualquier clase de asuntos. Es imprescindible en las negociaciones y acuerdos de cualquier tipo cuando tienes dificultades para llevarlos a buen término; aporta la guía adecuada a las palabras para anonadar al antagonista, y no digamos para torear: es capaz de lidiar en cualquier plaza los becerros más reticentes.

—Observo que me ofrece elementos físicos para corregir

e incluso mejorar las condiciones de trabajo, labores cotidianas y particulares del mundo material, pero... ¿dispone de algún producto para la mente? —digo repasando las ideas que últimamente han llenado mi imaginación, a punto de convertirme en una alimaña.

—¡Oh, sí! Tengo muchos frascos de sentido común, pero apenas me lo solicitan. Las personas que entran en esta tienda creen que con el que conservan en su cerebro tienen más que suficiente, creen superar con creces a los individuos que habitan en su ciudad, duermen en su bloque e incluso pululan por cualquiera de los cinco continentes conocidos. Parece ser que les sobra lo bastante para dar lecciones al respecto. Cuando lo cierto es que es una esencia muy difícil de poseer y más difícil de conservar. Se llevan algo de él en un bolsillo, aunque no se den cuenta.

Los asuntos que tengo que resolver pueden esperar, mañana saltaré desde un acantilado, la corbata que llevo podría haberla robado en un mercado. Desde el cielo seguiré contemplando amaneceres. Recibiré a mi tía, buscaré un acantilado, si no es natural será artificial... y dejaré a mi tía y al mundo.

—Tengo un pie de reposición que es realmente una delicia, es el sustituto infalible cuando uno se levanta con el pie izquierdo, augurándole un mal día. Este artículo es barato porque se vende mucho para los que tienen la profesión de mercaderes de libros y para los representantes de amores fallidos —dice la señora.

¿Y mi tía? ¿Habrá llegado el tren?

—¿No tendrá usted por casualidad una bufanda de esas que tapa la boca a cualquiera? —pregunté entusiasmado, acordándome de personas que les vendría su uso como anillo al dedo.

—Sí señor, tanto a hombres boquirrotos como a damas de lengua fácil. Solo tiene que elegir el tono, que también es muy importante; si lo lleva la persona equivocada, que no armoniza el color con el de su espíritu, destiñe y pone perdido a todo el personal a su alrededor. Se elaboran en dos clases: la que ya le he comentado y la otra, que es meramente económica, pues con algo de fortuna, más que tapar se les sella la boca a los rufianes. Esta nunca la he tenido, ni la pienso tener —agregó algo molesta.

Seguro que es la prenda perfecta para la hermana de mi madre, aunque me estropee el traje.

—¿Tiene usted paciencia? —pregunto con una sonrisa.

—¿Paciencia? Me sobra. ¡Con decirle que hablo con personas como usted todos los días... y duermo tranquila!

Estoy pensando que eso de tirarme por el acantilado es una tontería.

Entre los mostradores, baldas y repisas, se encuentran infinidad de frascos, probetas, porrones, vasijas, redomas, tarros y botellas de distintos colores que con imaginación se pueden saborear. Lustrosas e impolutas, contienen en su interior brebajes misteriosos que solo la señora elige y conoce a la perfección.

—Se hallan colmados estos recipientes de ilusiones y

fortalezas para acompañar y facilitar esta vida en el mundo a los humanos, empezando a degustarlos siempre y cuando se crea en ellos —me comenta la mujer.

Pienso en la lujuria, ese pecado capital benigno, no demasiado grave, y en la manera natural de evitarlo.

Pienso en la mentira, en el odio...

Un aroma suave, entre dulce y sosegado, llena el ambiente, inunda la estancia y a sus clientes sin que estos tengan la posibilidad de huir del encanto de su fragancia.

—Este brebaje, que es muy efectivo para hacerse el loco, se utiliza cuando el asunto a tratar no interesa, incumbe poco o no queremos intervenir en determinada cuestión. Lo lleva cierta gente con el fin de evadirse de situaciones incómodas, no agradables, o de compromisos en los que no se quiere participar —indica la señora Ángela: pues es indudable que se llamará Ángela, la señora.

Creo que quizá no vaya a buscar a mi tía, no me tiraré por el acantilado y sabe Dios a qué cosas renunciaré hasta que llegue la noche. Me encontraba ilusionado con mis últimas decisiones, y ahora no sé por qué motivo las abandono sintiéndome feliz.

—Oiga, señora Ángela —pregunto a la mujer, que no parece sorprenderla el nombre—. Este callejón está poco transitado, ¿no le parece?

—Es que este pasadizo solo se abre en establecidas ocasiones, y solo para personas peculiares, que posean la capacidad de poder interpretar los mensajes que se desprenden de este

entorno e intuyan que determinadas situaciones se pueden mejorar con solo poner su mente en armonía con las fuerzas telúricas de este mundo. Estas redomas no son otra cosa que ayudas para encontrar el camino.

Me encuentro en la Gran Vía de Madrid, transito desorientado, algo aturdido, ignoro el bastón, una lluvia fina cae sobre el asfalto. Me apoyo en la esquina de un edificio, para confirmar mi estabilidad.

—Caballero, ¿le ocurre algo? —pregunta una voz anónima.

—Sí. Que no voy, y no iré jamás a encontrarme con mi tía.

MURCIÉLAGO DE AGOSTO

Carmen Ghisla Jaurrieta



Aquella noche, el tío Filiberto no podía faltar a la cita que un amor, tan hombre como él, le había dado. Así que nos pidió que fuéramos a velar, a estar junto a Concha. La abuela Concha era la oquedad de un afecto. Era también el agua a la caricia, el vacío a la voz. Peculiar era su brillo, hecho de silencios. Mantenido y reforzado por no hacer, por no mostrar ni afectar nada. En lugar de una abuela consabida, yo tenía, pequeña y perpleja, la convicción afinada de la indiferencia más consecuente. Sin embargo, la fascinación que irradiaba a distancia, y a su pesar, atraviesa los años.

Ahora sé que su palidez se debía a su sangre blanca y que la frialdad de sus manos era la frialdad de la perfección. Los ojos claros enfriaban la boca que era igualmente perfecta y pálida. Aquel nardo, ajado y quieto, resplandecía por mayor blancura en la blancura de la sábana.

Ningún médico había dado un diagnóstico. El de cabecera, en los últimos tiempos, era un amor contrariado de Filiberto, y a deshoras, todavía su despecho tenía burbujas de llanto. Ningún aviso, ninguna voz dijo que quizá Concha estaba llegando silenciosamente a la perfección de tanto silencio.

Filiberto, raudo y ansioso, y con un clavel en el ojal, partió hacia la noche y la dicha. Entre sonrisas, precipitadas como olas, dijo confusamente que estaba dormida, que no necesitaba nada, que volvería pronto.

Y junto a la alcoba, separadas por las puertas de cristal, nos instalamos mi madre y yo, dos seres sin nombre en aquella casa.

De la habitación cerrada no llegaba más que la ola de silencio que desplazaba Concha en su respirar.

Estábamos sentadas en sillas bajas, incómodas. La noche era un cubo de cristal entre las cuatro paredes del patio de vecindad, abierto por el calor. Agosto blando, de gasa ardiendo, entraba por el balcón hecho náusea.

Presente el silencio, nos preguntábamos sin palabras qué pasaría en la habitación de Concha. Por anular el silencio, con palabras añosas, casi letanía afónica, decíamos mal de Filiberto. Al calor de la noche, encendíamos candelas de quejas, teas insultantes. El tiempo largo apagó las luces. Y al paso de la noche pegajosa, hablábamos del calor de la noche.

Veíamos a Filiberto alejarse en la sombra abrazado a su amante, olvidado de todas las horas, maldiciendo el regreso. Amor más fuerte que la muerte. Nos confortaba tanto poner de

manifiesto su egoísmo una y otra vez, que repetíamos las mismas consideraciones con exaltación, como si de una virtud se tratase.

Fui a la cocina a buscar un poco de agua. El ruido del grifo deshizo una queja que me pareció lejana, inexistente. Al cerrarlo no se repitió. Y al volver donde estaba mi madre, ella no dijo nada, yo no pregunté. En la habitación de Concha, un silbido de sirena amordazada. En nuestros brazos, un galope de sangre.

A lomos de aquel silencio, llegó la impaciencia. Las sillas se movían a pesar nuestro. Las palmas de las manos resbalaban sobre las rodillas. Hartas de la postura, o tal vez empujadas por el aleteo de un murciélago, nos acercamos hasta la habitación.

Parecía no haber nadie. Ni el rumor de la cabeza sobre la almohada, ni el aliento que, sin duda, ondulaba entre los labios de Concha. Abrimos, creo que llegamos a hacerlo, una hoja de la puerta. Un bulto, apenas una escuálida duna sobre la sábana. Allí estaba, quieta y encerada, casi en sombra como un cirio apagado.

Nos tranquilizó su reposo, su ausencia de reclamo, su opaca calma. Nos tranquilizó, como último argumento, el egoísmo de Filiberto, que no venía.

Volvíamos a sentarnos en las sillas enanas. En el corazón de mi madre, dirigidas a Filiberto, se cernían acusaciones triviales. Nada comparable a nuestra espantable quietud. Su corazón no daba otros latidos. El mío estaba quieto.

El murciélago volvió a aletear contra los hierros del balcón. Ya no era la hora de su vuelo, pero vino una y otra vez, rozó su pelo contra el hierro y golpeó su hocico en el cristal.

Su danza dolorida clamaba contra algo, y entre las posibles acciones que sugería su movimiento rápido, optamos por cegar el balcón. Su temblor acelerado urgía alguna actuación, pero no nos movimos. Nos enjauló el silencio. Nos miramos las manos. El murciélago siguió golpeando contra la madera.

Equivocadamente, miramos en dirección opuesta. No llamaban a la puerta. Filiberto estaba cada vez más lejos. Quizá ya no estuviera en ninguna parte que tuviese nombre.

Poco a poco, densamente impregnado, el aire se fue pudriendo. Oleadas de hedor cada vez más seguidas nos impedían respirar con sosiego.

No nos miramos. Permanecemos quietas, más quietas que Concha. Después mi madre dijo: vamos.

En el camino a casa, aún esperábamos encontrar a Filiberto, pero no nos tropezamos con el del clavel encendido. Tampoco volvimos a hablar de Concha, que quedaba atrás untada en blancura. No sé si mi madre dormiría. A mí me instaló el sueño en una almohada fétida. A las siete de la mañana vinieron a decirnos que Concha había muerto.

SILENCIO OMNIPOTENTE

Pseudónimo: Relucienta
Julia Flores Arenas



Hace mucho tiempo que mi padre ya no es él. Lo miro, tiene el rostro sereno y sus facciones siguen dibujadas todavía, pero sé que ya no es él. Lo recuerdo, desde siempre, como un hombre siempre callado, guardando un silencio que a mí me fascinaba porque me resultaba tan misterioso que me parecía portador de un secreto que solo él sabía pero que a mi madre la enfurecía con frecuencia, y a veces decía que era un hombre que no sabías nunca cómo pasaba por la vida.

El silencio de mi padre no era algo que le había surgido de golpe, no, por lo visto él era así desde siempre, por lo que yo escuchaba decir a mi madre y a sus amigos cuando les preguntaba para ver si yo podía recuperar algunos de los recuerdos que en mi padre se desvanecían de manera despiadada. Ahora no sé si con todo lo que he podido ir recopilando y sabiendo sobre su forma de ser puede decirse que yo soy él

o, al menos, un poco él. Es curioso y pienso cada vez más en cómo ahora, que soy un hombre adulto, quisiera parecerme a mi padre en todo aquello en lo que hubo etapas en que era todo lo contrario.

En cierto sentido siempre me ha sorprendido que mi madre se hubiera casado con él, y más aún que ella siguiera con él, dado que cuando estaban juntos, constantemente parecía enfadada y le irritaba ese mutismo ausente que mi padre tenía. Yo observaba a mi madre cuando lo miraba exasperada y quería advertir alguna chispa de enamoramiento en sus ojos, aunque fuera tan antigua que ya estuviera apagándose.

También había días en los que yo me preguntaba si realmente se querían, si se habían querido alguna vez, algún día de los de hace tantos años en que se conocieron y contaban los minutos para verse. A veces, estaba seguro de que sí, de que se querían hasta el punto de no poder pasar el uno sin la otra y la otra sin él. Era como un pacto inconsciente forjado sin palabras a base de horas y recuerdos. Otras veces, sin embargo, tenía la seguridad de que estaban juntos por costumbre, por la pereza de tener que cambiar de vida y dejar esa línea de comodidad que ahora, cada uno a su manera, disfrutaba. Pensé también si habían pensado en mí, en mis hermanos, si habían tenido en cuenta que nosotros éramos testigos de sus vidas, balanceándonos según sus vaivenes y sin tener ocasión de forjarnos una opinión porque habíamos de quererlos a los dos por igual y no podíamos tomar partido.

Hay momentos en los que pienso que mi madre necesita ya que mi padre muera. Sé que puede resultar crudo oírlo. Para mí también fue estremecedor la primera vez que me apareció como una ráfaga esa idea, tanto que durante muchos días no quise que ese pensamiento anduviera por mi cabeza dando soplidos como un animal atrapado. Pienso que necesita liberarse ya de esa preocupación que dura toda su vida y que, consciente o inconscientemente, le ha impedido hacer muchas cosas que a ella le hubieran gustado, y eso que ha sido una mujer bastante más independiente que las de su edad. De todo esto me fui dando cuenta con el tiempo, cuando la veía a ella con amigas, hablando o participando en todo lo que fuera activismo en la calle. La veía y la notaba tan diferente a aquellas otras mujeres con las que compartía lucha social, con un universo en su mente tan distinto, que me parecía mentira que pudieran ser compañeras de ideas y experiencias. Por eso yo no encajaba que después de aquellas actividades, ruidosas, sociales, reivindicativas, con ellas, volviera a casa a vivir en ese silencio extraño e incomprensible de mi padre. He pensado muchas veces que, si hubiera sido posible morirse durante un tiempo, dejando respirar a los que te rodean, mi padre tal vez lo hubiera elegido, porque él era plenamente consciente de todo, solo que no lo podía remediar. Era como un *fatum*, un destino escrito del que se había hecho cargo sin más, o más bien del que la vida le había hecho responsable. Mi madre siempre ha cuidado de mi padre y lo sigue haciendo ahora que ya ni siquiera la

conoce y con quien no puede compartir ni los buenos días ni su silencio.

No tuve nunca largas conversaciones de padre a hijo, de esas que llaman edificantes o instructivas, pero siempre tuvimos una cercanía que yo no sabía explicar. Siempre sentí cierta ternura cuando lo descubría mirándome como si en ese instante me acabara de conocer y me sorprendía ocupando un espacio de su casa. Aparentemente no se preocupó nunca por saber nada de mi vida, cómo me iba en el colegio, o cómo era el piso en el que iba a vivir cuando me fui a la universidad, ni siquiera quiénes eran mis amigos o si él conocía a sus padres. Mis amigos se sorprendían cuando yo hacía alguna referencia a todo esto, porque ellos siempre se quejaban de que los suyos querían saberlo absolutamente todo.

Mi padre asistió sin decir nada a mi vida como si viera una película que no iba con él y en la que, en cualquier momento, podría levantarse de la butaca y marcharse. No hizo ningún comentario cuando dije lo que había decidido estudiar, ni cuando me licencié en la universidad y empecé a trabajar en aquel que parecía un trabajo ideal, con futuro. Ni siquiera cuando me casé y, al poco tiempo, meses, me separé. Lo veía todo como algo normal, algo que irremediamente tenía que pasarme y que, por lo tanto, no había que dedicarle un momento para comentarlo. Y yo, sin embargo, no he podido ni puedo dejar de sentir que yo no sería yo sin este padre y pienso en él de manera litúrgica y casi sagrada.

Con mi madre fue otra cosa. Nos pasábamos horas hablando y analizando todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor o al otro lado del mundo. Me gustaba verla sentada aprovechando para doblar ropa o mientras leía, cuando hacía la comida oyendo música o se tomaba un vino junto a la ventana disfrutando como si estuviera descubriendo el mundo a cada instante y todo le produjera curiosidad. También por teléfono. Le encantaba tener largas conversaciones, conmigo, sobre todo. Cuando aparecieron los teléfonos móviles, yo pensé que lo habían hecho pensando en ella y ella lo celebró como si fuera el invento que salvaría a toda la humanidad, al menos a la de las madres, le decía yo con sarcasmo.

Mi madre nunca me habló de mi padre directamente, es decir, a solas, como tema de conversación. Decía que nunca hablaría a sus espaldas porque era como si le fuera desleal. Ella todo lo que tenía que decirle a él se lo decía a la cara y se estrellaba contra aquel muro de silencio, para acto seguido sentarse junto a él a ver algo de la tele. Hasta que un día ya no se enfadó porque le estuviera hablando y no tuviera respuesta. Ella advirtió que mi padre estaba dejando de ser él y que aquel silencio tenía ahora otro significado, otro sonido, decía ella. Este silencio respira de forma diferente, me decía cuando yo le hacía alguna observación.

La verdad es que era curioso verlos, cuando yo era un chaval, tan absurdamente diferentes y, sin embargo, juntos. Siendo yo adulto y habiendo conocido varias veces el amor de pareja y siendo correspondido, no sabía si, en aquel entonces, me pro-

ducía tristeza verlos de aquella forma, aunque sí una tremenda ternura, o quizá era miedo, un miedo infantil que asomaba en mi adultez, miedo a que un día se separaran físicamente.

Mi padre había dejado de ser mi padre. Se había convertido en aquella persona que ya no nos conocía, ni sabía dónde estaba, ni qué hora era ni en qué día vivía. Seguían en la casa de siempre. El médico nos había dicho que era mejor para él que siguiera en un espacio conocido, donde se hubiera desenvuelto su vida, donde mirar a su alrededor no supusiera estar más ausente de lo que estaba. Yo iba a visitarlos todos los días, a ayudar a mi madre a bañarlo, a darle la cena, a llevarlo a la cama, en fin, a descargarla de una tarea que me parecía excesiva para ella, mientras me contaba cómo había transcurrido el día o cómo había pasado la noche. Hablábamos mucho mi madre y yo mientras mi padre llenaba nuestro mundo con su sola presencia.

Poco a poco la figura de aquel anciano se fue tragando al hombre que fue. Yo lo miraba y recordaba en sus facciones al hombre apuesto que había sido y del que aún conservaba la regia postura. Él me miraba quizá reconociendo en mí aquel parecido físico que era tan evidente que, incluso a algún amigo, le había llegado a sorprender. Él me miraba y a veces yo le advertía una ráfaga de temor en la mirada, una extraña mueca en la boca que yo no sabía interpretar, un gesto en las manos que contenían una inquietud expectante.

Los últimos meses han sido muy duros para todos. Hemos tenido que asumir un confinamiento general debido a un ene-

migo invisible que parece imbatible y nos ha desbordado sin excepción a todos. Durante el tiempo que ha durado no he tenido contacto físico con ellos, ni siquiera he ido a visitarlos por temor a un contagio, dado que por su edad son personas de alto riesgo.

Durante este tiempo, más de cien días, me dice mi madre al teléfono en una de sus largas conversaciones y único medio de fuga, aunque sea puntual, que a mis padres no les ha faltado de nada, pero yo no podía dejar de pensar en cómo se las estaría arreglando ella sola con él para asearlo, darle de comer, vestirlo. Pensaba en lo fuerte que se muestra y en cómo su historia ha sido siempre una superación tras otra y ahora, otra vez más, la vida parece tomarle un nuevo pulso.

Cuando, por fin, he podido ir a verlos, mi padre me ha recibido con una alegría que yo desconocía. Ni siquiera la recordaba de niño, cuando era el héroe silencioso envuelto en misterio. Abrió los brazos y me rodeó con un abrazo que no sabía acoplarse a mi cuerpo. Me sonrió y me dijo que me estaba esperando impaciente porque tenía que hablar conmigo con cierta urgencia.

Miré a mi madre preguntándole con los ojos qué había pasado, mientras me apartaba para que mi padre pudiera hacerme la confidencia. Como si hubiésemos sido dos amigos que comparten a diario todo lo que pasa en sus vidas, me cogió del brazo y mirando hacia los lados, asegurándose de que nadie nos oía, me dijo que necesitaba lo antes posible que comprara un ramo de flores porque tenía que hacerle un

regalo a una mujer que siempre estaba allí en su casa, con la que comía y veía la tele por la tarde, que le recordaba al gran amor de su vida y a la que, discretamente, había empezado a cortejar.

Con el corazón alborozado miré a mi madre y su silencio lo dijo todo.

SOR ANTONIA

Ernestina Goello González



Metió los dedos entre la cofia que rodeaba su cara y empujó los bucles que amenazaban con salir a ambos lados de las sienes. La cara parecía más redonda enmarcada en la cofia blanca y el velo negro que le cubría hasta la espalda. Sus ojos eran negros y sus rasgos finos. La nariz recta y su mirada infantil. A mí me ponía nerviosa su sonrisa porque no encontraba nada digno de semejante dispendio. La monja solía pasear por en medio del patio vigilando a las internas que acabábamos de cenar y estirábamos las piernas antes de meternos en la sala de estudio, perseguidas hasta allí por el tufo de col cocida de la cena.

Paloma había llorado delante del plato incapaz de acabárselo. No era la primera vez que un alimento le repugnaba. Debía venir de familia rica, porque no estaba acostumbrada a esas ordinariieces y prefería ayunar a comer lo que nos daban las monjas. Las mayores fuimos a consolarla en cuanto salíamos al patio e ignoramos a sor Antonia, quien seguía estirándose la cofia por detrás mientras esperaba inútilmente que alguna de nosotras se dirigiera a ella.

Optó por sonreír al vacío y se fue a buscar un balón para jugar con las pequeñas.

¿Cuántos años tendría? Era guapa pero también muy tonta, y no sabía cómo tratar a las mayores, que estábamos en el colegio solo como residentes. Nosotras estábamos allí porque íbamos a estudiar al instituto del pueblo con profesores de verdad, hombres y mujeres, algunos de ellos catedráticos. Las monjas no eran santo de nuestra devoción.

Nunca se me ocurrió que sor Antonia no tenía estudios. Parecía una niña con su comportamiento aturdido. Pero ¿lo era?

Un día vino un cura a hablarnos de las misiones en Japón y nos repartió estampitas de la virgen con los ojos rasgados y una túnica azul con anagramas japoneses. Era la primera vez que veía a María con rasgos de otra raza que la nuestra.

Le dije a sor Antonia que quería hablar con el misionero y ella, diligente, me concertó una entrevista.

—El padre te espera en el recibidor de Don Bosco —dijo estirándose el velo y sonriendo con la mejor de sus falsas sonrisas.

Me dieron ganas de pegarle. Fui al recibidor y el misionero me hizo sentar. Parecía esperar una confesión por mi parte o la declaración de mi secreto deseo de ser misionera como él. Se frotó las manos y sonrió con esa sonrisa meliflua que tanto se parecía a la de sor Antonia.

Era mi ocasión. Dominaba la situación porque yo sabía lo que él pensaba y él no podía adivinar lo que pasaba por mi cabeza. Volvió a frotarse las manos. El frío del invierno se notaba especialmente en esta sala sin brasero. Don Bosco y San Luis

Gonzaga me miraban desde la pared, encima de un piano reluciente y negro. Por fin hablé y me regocijé al verle cambiar la expresión de la cara.

—¿Sería posible comprar dos estampas más de la virgen japonesa? Querría enviarlas a mi familia.

Me relamía imaginando la expresión de sor Antonia cuando le preguntase al misionero por mi entrevista. Yo tenía fama de seria y mi comportamiento era ejemplar, pero hacía demasiadas preguntas que no recibían respuesta y cuestionaba las normas. ¿Por qué no se podía entrar en el dormitorio colectivo fuera de las horas de dormir? ¿Por qué teníamos que ir siempre en fila a todas partes y debíamos pedir permiso para todo?

Yo era un enigma que sor Antonia había decidido aclarar.

Rezábamos cada noche a los pies de la cama y luego de colocar ropas y zapatos nos poníamos el camisón con decoro; es decir, nos lo metíamos por la cabeza y lo dejábamos caer hasta los pies mientras nos quitábamos la ropa interior dentro del tubo que se formaba. Luego, antes de meter los brazos por las mangas, íbamos despojándonos de las prendas una por una. Era todo un ejercicio que aún hoy podría repetir con ligereza, ya que llegó a convertirse en un automatismo en el año que estuve con las salesianas en Valdepeñas. Mientras nos desnudábamos, la sor se paseaba por el pasillo central con diez camas de hierro pintadas de azul a cada lado y una interna entre cada cama luchando por desvestirse con el mayor «pudor» posible.

Alguien a veces dejaba escapar una risa nerviosa y se producía un revuelo que la sor atajaba con una palmada: «¡A la cama,

niñas! ¡Un padrenuestro a María Auxiliadora!» Y cruzaba las manos sobre el pecho sin cerrar los ojos por temor a que nos desmandásemos de nuevo.

Cuando todo estaba en silencio, yo me levantaba y me iba a la ventana desde donde se veía la torre de la iglesia, con su reloj que daba las horas y que parecía esperarme para hacerme compañía. La luna a veces aparecía blanca y hermosa en el cielo. Su presencia era un bálsamo para mí porque con las personas con las que vivía en el convento no compartía nada.

Quizás la más extraña de todas era sor Antonia, a la que yo etiquetaba como un ser raro, de escaso caletre y llena de falsedad. Un día me decidí a hablar con ella y le dije lo que sentía y cómo me ponía de los nervios su deseo de agradarme. Que dejase de hacerlo porque era contraproducente. ¿Fui valiente o fui necia?

Creo que por mi parte fue un deseo de sinceridad y claridad lo que me impulsó a hablarle. No me gustaba el juego que se traía. Ella reaccionó y me aseguró que cambiaría de conducta. Esta vez no se estiró el velo ni se metió los dedos entre la cofia y las sienes. Desapareció su sonrisa bobalicona y me miró con ojos nuevos. Se diría que me veía por primera vez. Yo, a mi vez, la encontré más atractiva y me relajé. Dejé de producirme repelús y la vi como un ser humano más. Cuando nos cruzábamos por los pasillos incluso nos sonreíamos. Ahora teníamos un secreto en común.

Cuando después de diez años volví al colegio me enteré de que había tenido un tumor en la cabeza y había muerto en la mesa de operaciones. Lo sentí de veras y le deseé lo mejor en la otra vida, en la que ella sí creía.

UNA ROSA PARA ABUELA ANA

Miguel Núñez Ballesteros



No le dijeron adónde iban. Le pusieron unas medias oscuras y el vestido negro que aún conservaba de la boda de prima Chari. A la niña la dejaron con los vecinos del rellano, tomaron un taxi en la puerta del ambulatorio y se sentaron las tres atrás: prima Chari, tita Lola y abuela Ana en el centro. Ninguna habló, solo cuando tita Lola rompió a llorar, se llevó el pañuelo a la boca y lo apretó con los dientes, abuela Ana preguntó: «¿Qué pasa?» Ella le cogió una mano entre las suyas y dijo: «No es nada, mamá.»

Prima Chari le pidió al taxista que no entrara en el recinto del hospital, que mejor las dejaba afuera, junto al quiosco de flores. Salieron del coche y enfilaron la cuesta del tanatorio. Tres mujeres solas la tarde de un domingo de agosto, abuela Ana en el centro agarrada del brazo de su hija y de su nieta sin entender adónde la llevaban, ni a qué venían tantas prisas. Ella no la tenía, hacía años que no tenía prisa por nada, años

en los que el mundo se le volvió lento, como si hubiera dejado de avanzar. Algunas mañanas salía a andar con la niña. Se entretenían mirando las estatuas del parque, el hombre de la barba envuelto en una túnica como protegiéndose de un frío inexistente, la mujer de torso desnudo, mirando a los transeúntes desde la altura de sus ojos entornados mientras sostenía un cántaro en la cabeza. A veces llegaban hasta la puerta del teatro y la niña leía los nombres de los actores, los títulos de las obras, los precios de las entradas. Abuela Ana nunca estuvo en un teatro, en la puerta sí, muchas veces, cuando era soltera, para ver salir a los artistas. En la inauguración del Albéniz vio salir a Lola Flores, de eso sí se acuerda.

La sala del tanatorio estaba llena de gente. Gente a la que seguro conocía o, al menos, percibía que la miraban como si la conocieran, se acercaban para darle dos besos y se apartaban a un lado para que pasara. Le hacían un camino hasta la mesa de mármol donde alguien parecía dormir envuelto en una sábana. Sábana blanca, mármol blanco y un hombre dormido como la estatua del parque.

Tita Lola se soltó de su brazo y corrió a besar la cabeza del hombre dormido. Rompió a llorar otra vez, pero ahora sin pañuelo y sin apretar los dientes. Abuela Ana buscó un asiento. Todos la miraban, quizás esperando que dijera algo. «Buenas tardes», dijo, y se sentó lejos de todos, cerca de la puerta. Entre la gente vio a su nieto pegado a la falda de su madre. Le sonrió y le pidió que se acercara con un gesto de la mano. Cuando lo tuvo delante se sacó un caramelo del bolsillo. Un caramelo de

menta que a veces le traía su nieta cuando volvía del mercado. «Abuela, esto para después», le decía, y ella se lo guardaba y después no se acordaba de cogerlo. Ahora sí, ahora se lo dio al niño, que lo agarró, le quitó el envoltorio en un plis plas y se lo llevó a la boca. Estaba serio. Ojos grandes y oscuros que parecían tener sueño, o hambre, o que no querían estar allí entre tanta gente mayor y desconocida.

—Abuela —le dijo—. Papá se ha muerto.

Ella le cogió la mano, se agachó hasta su oído y le preguntó:

—¿Y cuántos años tenía tu papá?

—No sé, era un poco mayor, pero no tanto como tú.

Abuela Ana miró entonces al hombre dormido sobre la mesa de mármol, la sábana que le envolvía pegada a su cuerpo.

—¿Ése es tu padre? —preguntó al niño.

—Sí —respondió.

Trató de recordar al hombre que cada domingo iba a visitarla, se sentaba junto a ella en el cuarto de costura y le hablaba de sus cosas: su trabajo, su familia, su casa. Él le preguntaba: «A ver, dime, ¿qué has hecho hoy?» Siempre llevaba sombrero y una rosa roja en el ojal de la chaqueta. Ella miraba la rosa y a veces se levantaba y acercaba la nariz para olerla. El hombre se reía cuando hacía eso, se sacaba la flor y se la daba.

Abuela Ana preguntó a su nieto si sabía el día que era. El niño la miró extrañado y dijo: «Es domingo, abuela.» Ella se quedó mirándolo, como si tratara de recordar algo que solo pudiera estar en su cara, en aquellos ojos grandes y oscuros que ahora empezaban a brillar extrañados y despiertos. Se levantó

de un salto, miró a todos lados tratando de encontrar a alguien que sabía que no podía estar allí. Se dirigió a la puerta y, con un impulso de los que hacía años no tenía, de esos que apenas recordaba, echó a correr calle abajo, a buscar su rosa.

*M*ICRORRELATOS
FINALISTAS
2020

Accésit
ERNESTINA
Francisca Ortiz de Landaluce Ugarte



El día que la señorita Ernestina cumplió cuarenta y siete años, decidió deshacerse de todos sus recuerdos, limpió las paredes de su casa, las cubrió de grafitis y firmó como siempre había deseado: ERNESTO.

HUIDA

Manuel Carrasco Moreno



Le dijeron que la distancia es el olvido.
Él quería olvidar y se embarcó hacia tierras lejanas,
pero no le sirvió de nada porque ella se había colado
de polizón en las bodegas de su alma.

INVISIBLES

Celia Prats Sales



Desde muy pequeña Nuria mostró gran independencia y cierta autosuficiencia. Se entretenía en cualquier rincón de la casa con largas e intensas conversaciones, solita. Bueno, no, jugaba con sus amiguitos invisibles.

Con la cuarentena por el coronavirus, un día me dijo: «Mamá, me aburro», cosa insólita en ella.

—Pero ¿cómo es posible, Nuria? Juega con tus amiguitos invisibles —le dije.

A lo que me respondió con absoluta convicción:

—¿Cómo quieres que juegue, mamá, si hoy no han venido?

LOS NIÑOS LO OYEN TODO

Francisco Xavier Oliver Fernández



La mesa estaba vestida con el mantel bordado de fino hilo de las fiestas. Los tíos, las tías, los abuelos y las abuelas estaban ya sentados a la mesa. La niña, removiéndose inquieta en su silla, miraba inquisitiva la cara del hombre que tenía enfrente.

—¿Qué miras, niña?

—Tío, no te veo los cuernos.

Tipos de papel utilizados en esta publicación:

Cubierta: Estucado mate PEFC de 300 g comercializado por Unión Papelera

Interior: Offset PEFC de 90 g comercializado por Unión Papelera

Estos papeles provienen de bosques regenerados de forma sostenible.
Certificación de la Cadena de Custodia para el seguimiento del material a lo largo de todo el proceso de producción.

Servicio de Información

Fundación "la Caixa"

Tel. 900 223 040

De lunes a viernes, de 9 a 17 h

www.fundacionlacaixa.org

Si tienes
una vivencia,
tienes una
historia

CON LA COLABORACIÓN DE

rne



Fundación "la Caixa"
